

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)

Programa de Construcción Pública e Incidencia en Medios



ITESO

Universidad Jesuita
de Guadalajara

Mirar la ciudad con otros ojos: Memorias e identidades

A la deriva

Migrantes a la merced del viento

PRESENTAN

Lic. en Periodismo y Comunicación Pública Katia Diéguez Martínez

Lic. en Comunicación y Artes Audiovisuales Maritza Lavín González

Lic. en Gestión Cultural Luis Rogelio Uribe Orozco

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías

Asesor PAP: Andrés Villa Aldaco

Tlaquepaque, Jalisco, mayo de 2017

ÍNDICE

Contenido

REPORTE PAP	2
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional	2
Resumen	3
1. Introducción	5
1.1. Objetivos	8
1.2. Justificación	9
1.3 Antecedentes	12
1.4. Contexto	15
2. Desarrollo	24
2.1. Sustento teórico y metodológico	24
2.2. Planeación y seguimiento del proyecto	28
Resultados Finales	38
3. Crónicas	38
3.1 Ellas y yo, las migrantes	39
3.2 Honduras en las vías	49
3.3 Like a Rogelio Stone	58
3.4 Con un pie del otro lado	82
3.5 El viacrucis	91
4. Reflexiones sobre aprendizajes, implicaciones éticas y aportes sociales del proyecto	103
5. Conclusiones	113
6. Bibliografía	115
Anexos	117
Archivo Fotográfico	

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio–profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

México vive uno de los momentos más complejos con respecto al fenómeno migratorio, principalmente en lo referente al ingreso de migrantes irregulares en su frontera sur, el cual, estima la Organización Internacional para las Migraciones, es de 400,000 personas ilegales cada año.

Las nuevas políticas migratorias que ha emprendido el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, en las que sobresale la posible construcción de un muro en la frontera con México, hacen entrever la posibilidad de que México pase de ser un país de tránsito a convertirse en un país destino para esos cientos de miles de migrantes. Sumado a los altos índices de criminalidad e inseguridad a la que se enfrentan los migrantes que cruzan por este país, han situado a la migración en una coyuntura que demanda de estrategias y soluciones a corto, mediano y largo plazo, pero que sobre todo, urge visualizar e informar de un fenómeno que concierne a todos: Estado y sociedad civil.

El presente proyecto presenta una serie de testimonios, en formato de crónica y reporte fotográfico de migrantes centroamericanos. Algunos de ellos viajan en tren y se proponen llegar hasta el país del norte; otros han sido deportados por el gobierno estadounidense. Se narra la historia de dos mujeres migrantes que evidencian cómo el género juega un papel fundamental en la ya amenazante tarea de transitar por este país; además se presenta el caso de un joven migrante hondureño que falló en su intento por cruzar, a través del desierto de Sonora, con una maleta llena de droga y su empeño por obtener una visa de refugiado en Guadalajara.

Ponerle nombre e historia propia a la migración tiene como intención inyectarle un rostro humano al fenómeno, que permita contribuir a discernir que los migrantes son personas como cualquier otro ser humano, de ahí que el Estado tiene que procurar que cualquier política migratoria debe, ante todo, garantizar el

respeto de su derechos humanos. El reto no concluye ahí, es también tarea -aunque compleja- de la sociedad civil, salvaguardar la dignidad humana de estas personas que caminan por las calles, que viajan en tren, que huyen de la pobreza y la inseguridad que golpea a sus países de origen.

A la deriva, migrantes a la merced del viento, incita a mirar al fenómeno migratorio en el Área Metropolitana de Guadalajara desde un rostro humano.

1. Introducción

Los movimientos migratorios han sido una constante en la historia social de la humanidad. Pueblos enteros han migrado de un lugar a otro, mientras que otros se han construido como el resultado de esos movimientos migratorios.

Con el nacimiento de los Estados modernos los flujos migratorios cada vez fueron más controlados y vigilados, mediante diversas normatividades y políticas migratorias que aplican los países y sus gobiernos, a través de cancillerías, policías migratorias e incluso barreras físicas en las fronteras. Sin embargo, el movimiento de personas que abandonan sus lugares de origen para migrar a otras locaciones es una constante que parece superar cualquier marco normativo.

Las migraciones ilegales son imparable en la coyuntura que impera en el siglo XXI. Según el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA, por sus siglas en inglés), el número de personas que viven fuera de su país de origen pasó de ser de 154 millones, en 1990, a los 232 millones de personas, en 2013, de los cuales 81.9 millones provenían de países en desarrollo y habían logrado instalarse en un país desarrollado (denominada migración de sur a norte), mientras que 82.3 millones de migrantes de países en desarrollo vivían en otro de la misma condición (denominada migración de sur a sur).

Más de 70% de las migraciones tienen como destino un país desarrollado, por lo que es pertinente preguntarse: ¿Cuáles son las razones para que dos centenares de millones de personas abandonen su país de origen?, es una incógnita casi natural de ser planteada.

Para finales de 2013, de acuerdo con datos del propio UNFPA, 51.2 millones de personas fueron desplazadas por la fuerza, a consecuencia de la persecución, el conflicto, la violencia o la violación de derechos humanos en sus lugares de origen.

Norteamérica es la tercera región en el mundo —sin incluir a México— que

recibe más inmigrantes, y la tendencia ha sido al alza en los últimos años. En 1990 la Organización de las Naciones Unidas, a través del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, estimaba que en la región vivían más de 27.7 millones de inmigrantes, para el año 2013, el estimado según el organismo internacional es de más de 53 millones de personas.

Por su parte, México representa el segundo país con el mayor número de emigrantes en el mundo; según la ONU, más de 13 millones de mexicanos han salido del país, siendo Estados Unidos su principal destino.

Además de ser un país de emigrantes, México es lugar de tránsito de cientos de miles de personas, principalmente centroamericanos, que intentan llegar a los Estados Unidos. Aunque las cifras son estimadas, por ser personas que ingresan a México de manera ilegal, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) estima que el promedio de migrantes centroamericanos que ingresan a México anualmente puede alcanzar las 400 mil personas.

La migración es uno de los grandes temas en la agenda coyuntural política en México en este 2017. A tan sólo un par de meses del cambio de administración en el gobierno estadounidense —sucedido el 20 de enero— las decisiones en materia migratoria que ha tomado el presidente Donald Trump, en las que sobresale la firma ejecutiva que busca construir un muro en la frontera con México —con una longitud de 3,185 km, es la frontera más transitada en el mundo—, destinado a frenar los flujos de migrantes ilegales, no sólo de mexicanos sino también de todos aquellos que provienen de Centro y Sudamérica, han despertado una crisis diplomática entre ambos países, pero sobre todo ha exacerbado un descontento generalizado en la región ante tal iniciativa, por ser considerada un acto que atenta a las buenas relaciones y promueve la división, el racismo y la exclusión en pleno siglo XXI.

El gobierno mexicano tendrá que plantearse las formas de contrarrestar el flujo de emigrantes a Estados Unidos, pero la coyuntura nos obliga a reflexionar

más a fondo; esto implica atender la otra cara del fenómeno: es decir, plantear qué sucederá con los cientos de miles de migrantes que año con año ingresan a este país. Ante esto surgen preguntas evidentes: ¿Cada vez más migrantes irregulares que están de paso verán en este territorio una opción para quedarse? ¿Pasará México de ser un país de emigrantes a uno de inmigrados? ¿Cuáles son las responsabilidades y los alcances del Estado? Pero también, ¿cómo tratan las autoridades y principalmente la sociedad mexicana a esos más de 400 mil migrantes ilegales que atraviesan el país de sur a norte?

1.1. Objetivos

Objetivo general

Exponer, por medio de testimonios, las condiciones en las que viajan migrantes irregulares centroamericanos, con la finalidad de constatar los obstáculos económicos, legales, sociales, físicos y psicológicos a los que se enfrentan en su tránsito por territorio mexicano.

Objetivos específicos

Poner en evidencia los riesgos a los que se enfrenta una mujer centroamericana que viaja por México, con el fin de atestiguar si el género representa una condicionante que agudiza los peligros a los que se enfrentan los migrantes irregulares.

Atestiguar las maneras que encuentran los migrantes irregulares para sobrevivir en el Área Metropolitana de Guadalajara (AMG) con la intención de mostrar los lugares en los que habitan, sus formas de obtener recursos y el tiempo que deciden habitar la ciudad.

Dejar testimonios que den cuenta si existe un deseo generalizado entre los migrantes centroamericanos por instalarse permanentemente en México y el AMG, con la finalidad de proveer información que ayude a entender el fenómeno migratorio actual en la región.

1.2. Justificación

Existe un descontento generalizado en la sociedad y la clase política mexicana provocado por las políticas migratorias que ha emprendido la nueva administración en la Casa Blanca, las cuales consideran la posible construcción de un muro en la frontera entre ambos países; la puesta en marcha de redadas destinadas a asegurar indocumentados en seis estados de Estados Unidos, desde el pasado mes de febrero, y la promesa electoral del presidente estadounidense de deportar al menos tres millones de “sin papeles” que cuentan con antecedentes penales.

Estas políticas han estremecido a los más de once millones de inmigrantes indocumentados que actualmente viven en Estados Unidos. También preocupan a los cientos de miles de migrantes, la mayoría de ellos centroamericanos, que actualmente se encuentran en México y que intentan llegar al país del norte. Por lo que resulta pertinente preguntarse: ¿Cuál es por su parte la política migratoria del gobierno mexicano para con esos más de 400 mil migrantes irregulares que cruzan anualmente por la frontera sur?

La deportación masiva de migrantes irregulares es una de esas políticas. En el año 2016 México deportó 147,370 extranjeros —migrantes de paso y establecidos en México— cifra mayor al número de inmigrantes expulsados por Estados Unidos en el mismo año, que hizo lo propio con 96 mil personas (García, Jacobo, *El País*, 2017).

La mayoría de los deportados de territorio mexicano provienen de Centroamérica: 143,226 personas. De ellas, los ciudadanos guatemaltecos encabezan esta estadística con 59,679 deportados, seguida por 50,964 ciudadanos hondureños deportados, ello en el año 2016 (Segob, 2017).

Estas cifras, por una parte, revelan la magnitud del flujo de migrantes que ingresan a México, principalmente, con la intención de llegar al vecino país del norte. Por otra parte, muestran lo imparable de tal flujo.

Otra política que ha puesto en marcha el gobierno mexicano en colaboración con el estadounidense, desde el año 2014, es el Plan Frontera Sur,¹ para lo que ha incrementado el presupuesto destinado a la detención y deportación de migrantes en Chiapas y Oaxaca (*The New York Times*, 2015).

El fenómeno migratorio en México es hoy quizá más complejo que nunca. Esta complejidad deja entrever un posible escenario en el cual México puede pasar de ser un país de tránsito para cientos de miles de migrantes a convertirse en el destino de ellos, generado por el hostil discurso migratorio del presidente Trump, pero también por el temor que ha despertado el incremento de delitos cometidos contra migrantes en ciertas regiones del país.

La Red de Organizaciones Defensoras de Migrantes entrevistó a más de 30 mil migrantes acogidos en su red de albergues para determinar los índices de delitos a los que se ven sometidos en su cruce por México. Los resultados muestran que más de 50% ha sido víctima de algún tipo de delito. El principal delito cometido fue el robo, seguido de la extorsión y lesiones, y es el crimen organizado el principal actor en la comisión de delitos, con 54%, seguido por particulares con 25% y el gobierno con 20% (REDODEM, 2014, p.p. 37).

En esta complejidad que rodea al fenómeno migratorio actual en México resulta fundamental su estudio desde perspectivas cada vez más diversas. La presente investigación propone abordar el fenómeno desde una visión humanitaria, una en la que la migración tenga nombre y rostro. Por ello, concentra sus recursos y esfuerzos en presentar un conjunto de testimonios de migrantes con distintos perfiles, que puedan aportar información para comprender, ante todo, las adversidades a las que tiene que hacer frente un migrante de paso en este

¹ El Programa Integral Frontera Sur, anunciado el 7 de julio de 2017 por el presidente Enrique Peña Nieto, pretende evitar que los migrantes pongan en riesgo su integridad al usar un tren que es de carga y no de pasajeros. Para ello ha incrementado los recursos destinados a detener los flujos de migrantes evitando que éstos aborden el ferrocarril.

país, los obstáculos legales de quien haya optado intentar quedarse y de aquellos que han fracasado en su intento por cruzar la frontera con los Estados Unidos.

Guadalajara es el referente geográfico del presente estudio. Una de las razones fundamentales de ello es que el Área Metropolitana de Guadalajara, que comprende los municipios de Guadalajara, Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá y Tlajomulco, El Salto, Juanacatlán e Ixtlahuacán, se han convertido en un importante punto de tránsito para migrantes que viajan en tren a través de la ruta conocida como Occidente–Pacífico. Según FM4 Paso Libre, una organización civil dedicada a la defensa de los migrantes en la ciudad, en 2015 dieron asilo, asistencia y refugio a 5,249 migrantes de paso y estima que alrededor de diez mil migrantes al año llegan a Guadalajara (FM4 Paso Libre, 2016, p.p.60).

Finalmente, la razón principal de presentar esta serie de testimonios de migrantes que se encuentran de paso por el AMG es la de contribuir a dotar de un rostro humano al fenómeno migratorio. Un fenómeno en el que el Estado está obligado a generar normatividades que regulen esos flujos de personas, pero también de garantizar el cumplimiento de sus derechos humanos. Y no menos importante, de comprender que la migración es un fenómeno que nos concierne a todos: Estado y sociedad, pues la dignidad de una persona no puede nunca ser denigrada por su condición migratoria.

1.3 Antecedentes

Las guerras civiles en Centroamérica de los años setenta y ochenta generaron las primeras oleadas de migrantes centroamericanos a México. A finales del siglo XX y principios del siglo XXI comenzó un nuevo flujo migratorio provocado por la pobreza, también ocasionado por contingencias ambientales que golpearon a la región, entre ellas el huracán Mitch que, en el año 1998, dejó a su paso alrededor de mil muertes en Honduras y Nicaragua. El terremoto en El Salvador del 2001 es otro de dichas contingencias que provocó la muerte de más de mil personas y obligó a otros miles a emigrar del país que había sido profundamente sacudido.

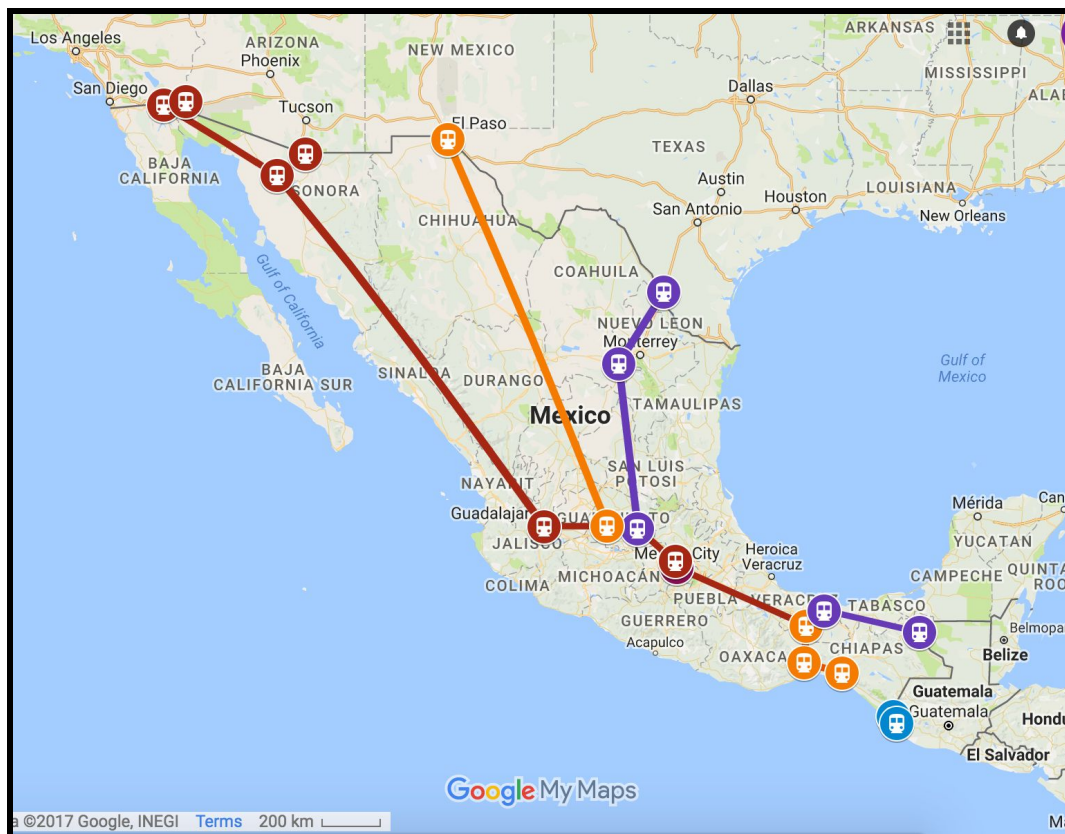
La mayor parte del flujo de esos migrantes ingresaron a México vía terrestre, por la frontera sur con Guatemala, a través de los estados de Chiapas y Tabasco. La frontera sur tiene una extensión de 1139 kilómetros, de los cuales 962 son con Guatemala y 176 con Belice. De los 172 puntos de internación con los que cuenta México, 48 se encuentran a lo largo de esa frontera. La mayor parte de tales migrantes provienen de Centroamérica, en particular de Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua (Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 2013).

El flujo de migrantes centroamericanos que cruzaron la frontera sur de México alcanzó los 250 mil personas en el año 2000. Para el 2005 esta cifra llegó a las 400 mil personas (Red de periodistas de a pie, 2016).

A partir del año 2010 la inseguridad y la violencia provocada por las pandillas en El Salvador, Honduras y Nicaragua se sumó como otra de las razones del incremento del flujo de migrantes centroamericanos a México.

La mayoría de esos flujos de personas tenían como destino final los Estados Unidos, para llegar ahí la vía de transporte más utilizada fue el tren de carga apodado “La Bestia”, que circula en tres rutas principales: la ruta Golfo, la del Centro y la ruta Pacífico; esta última es la más larga (véase mapa 1).

1. Mapa de la Ruta Occidente, Centro y Golfo de México



Fuentes: Ponces, E., Arnau, T., Soteras, E. (2010). *En el camino: México, la ruta de los migrantes que no importan*. Barcelona, España: Blume. García, J. (2017, febrero 7). Tomado de Google Maps.

En el año 2010 se presentó una masacre en San Fernando Tamaulipas, en la que setenta y dos migrantes fueron asesinados por el crimen organizado. El suceso obtuvo una amplia cobertura mediática que colocó el tema en la agenda pública. México se convirtió en un lugar de alto riesgo para los migrantes que intentan llegar a Estados Unidos, principalmente a través de las rutas Centro y Golfo (Aguayo, Sergio, Proceso, 2016).

La Comisión Nacional de los Derechos Humanos estima que 18 mil migrantes son secuestrados cada año en su cruce por México (Comisión Nacional de Derechos Humanos, 2009, p. 12).

El robo, la extorsión y los secuestros sucedidos principalmente en las rutas del Golfo y Centro han obligado a los miles de migrantes centroamericanos que ingresan a México a optar, cada vez más, por tomar la ruta Pacífico, inclusive si es ésta la más larga.

Aunado a los altos índices de inseguridad, el gobierno mexicano ha endurecido la persecución y la deportación de migrantes irregulares en el país. En el año 2015 el número de deportaciones de migrantes de parte del gobierno mexicano incrementaron en un 91% (Red de periodistas de a pie, 2016).

Otra de las medidas implementadas por el gobierno mexicano destinada a frenar el ingreso de migrantes es el Plan Frontera Sur. Según el diario *The New York Times*, a partir de 2015 México se ha encargado de tomar medidas severas contra los refugiados centroamericanos. Incluso ha destinado decenas de millones de dólares por año fiscal para prevenir que los migrantes logren cruzar la frontera. “México está haciendo el trabajo sucio de Estados Unidos, eso es lo que le encargaron y lo está cumpliendo a la perfección”, dice Cristóbal Sánchez, activista en defensa de los migrantes de Tapachula (García, J., 2017).

1.4. Contexto

Programa Frontera Sur y las políticas estadounidenses

El Programa Frontera Sur presentado por el presidente mexicano Enrique Peña Nieto el 7 de julio de 2014, proponía dos cosas: reorganizar la frontera y asegurar la protección a los migrantes. Dos años después aún hay poca información sobre los avances. “No se sabe mucho de las acciones del Plan Frontera, pero las pocas que se conocen se limitan a que los migrantes no suban al tren”, critica Rodolfo Córdova, académico y presidente del Consejo Ciudadano del Instituto Nacional de Migración.

Ante la cantidad de centroamericanos que pasan por México, y el número de deportados que no llegan a Estados Unidos, consideramos pertinente analizar el Plan más reciente como única propuesta de acción del mandatario mexicano ante la ola de migración.

Una de las críticas de la propuesta fue la rapidez con la que se creó el Programa y la falta de documentos oficiales. Ante la falta de documentación que evidencie el trabajo de las autoridades en la elaboración del Programa Frontera Sur, activistas como el director del refugio La 72, Fray Tomás González, apuntan que este Plan surgió en respuesta a la presión del gobierno de Estados Unidos. (Animal Político, 2014) De hecho, en los primeros siete meses del 2015, México detuvo más Centroamericanos -92,889 - que los 70, 448 detenidos en los Estados Unidos. (Nazario, S. 2015)

"Dentro de la Iniciativa Mérida hay un pilar que se llama Construyendo una Frontera del Siglo XXI, que estaba enfocado originalmente a la frontera norte entre México y Estados Unidos. Pero esa frontera se está yendo ahora cada vez más hacia el sur de México, y por eso Washington está proporcionando equipos de inspección para retenes en toda la frontera con Guatemala, y ha invertido mucho dinero en Aduanas como la de Huixtla, en Chiapas", explica Maureen Meyer

coordinadora del Programa Latinoamérica de la Washington Office on Latinoamérica (WOLA). (Animal Político, 2015)

Otra de las críticas es la falta de resultados, al contrario, el paso es más violento. Según una investigación del sitio animalpolitico.com, los migrantes víctimas del delito de secuestro subió 166% en 2014: pasó de 133 a 354 casos. También, en 2014 registró 199 averiguaciones previas por el "presumible ilícito de homicidio" contra personas migrantes; 34% más que en 2013, cuando se contabilizaron 148 averiguaciones.

Desde el Programa de la Frontera Sur, han aumentado las agresiones a migrantes. Si bien no es el único o el principal factor, ha propiciado a las autoridades y a los grupos de crimen organizado a controlar a los migrantes. En 2015 la tendencia de detenciones se mantuvo al alza. En enero —mes en el que la migración es menor debido a las condiciones climatológicas adversas en la frontera Norte—, el INM registró poco más de 14 mil eventos de detención; cifra 123% mayor a la de enero de 2014. Desde 2006, nueve años atrás, no se tenía un dato tanto alto. En cuanto a los migrantes menores de entre cero y 17 años de edad, en 2014 se realizaron 23 mil 096 eventos de detención en México, 140% más que en 2013 (Animal Político, 2015).

Dichos datos sustentan la teoría que el gobierno estadounidense ha propiciado la detención de migrantes desde que llegan a México. El Plan de la Frontera Sur ha generado cinco obstáculos principales para el paso de los migrantes. Estas son las especificaciones que creó animalpolitico.com para resumir la problemática (Veáse gráfica 1):

1. Cambios en los vagones. Está cambiando la forma del techo del tren, ahora están cubiertos por un domo para que los migrantes no puedan subir.
2. Operativos en las vías. Migración hizo 153 operativos a "La Bestia" en 2014, que formaron parte de 758 inspecciones.

3. Custodios privados en el tren. Los custodios los dejan subir a la Bestia pero más adelante, fuera de zonas pobladas, los amenazan con armas.
4. Construcción de bardas y pilotes. En Veracruz construyeron una barda de concreto y alambrado de púas en las orillas de las vías. En Tlaxcala pusieron pilotes de concreto por kilómetros.
5. Mejoras en el mantenimiento de vías. En 2015 el gobierno mexicano invirtió 564 millones para conservar la infraestructura ferroviaria. Con esto también aseguran que aumente la velocidad del tren y no tengan que detenerse.

Gráfica 1



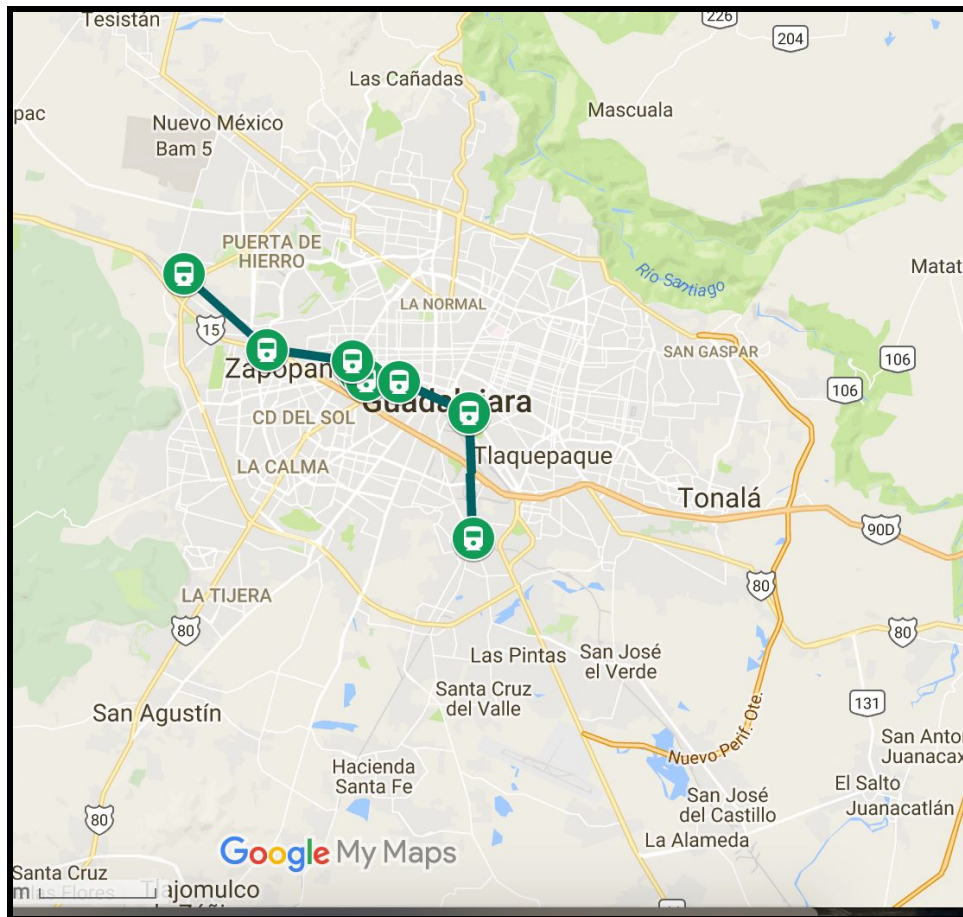
Migración irregular en el AMG

Si bien el presente trabajo presenta un panorama de la migración irregular en todo el país, el punto central de la misma: los testimonios de migrantes que circulan o residen temporal o indefinidamente en México fueron obtenidos en los límites del Área Metropolitana de Guadalajara, de ahí que, en este apartado se presenta el contexto de la migración irregular en esta delimitación geográfica. Tal decisión si bien responde a los alcances propios de la investigación, permite contribuir al ensanchamiento de información referente al fenómeno en la ciudad, en la cual, según la investigación de Iliana Martínez “Migración y movilidad en la ZMG”, la visibilización de la migración en Guadalajara ha crecido considerablemente en los últimos años.

La ZMG ha comenzado a percibir un incremento de personas migrantes en tránsito por la ciudad, en las inmediaciones a las vías del tren, en albergues, cruceros del centro de Guadalajara e incluso en otras zonas donde no eran comúnmente encontrarles, como Tlajomulco de Zúñiga (Guerra, Elisa, 2016).

La primer tarea para describir este contexto fue la de ubicar los puntos geográficos en los que es común encontrarse con migrantes de tránsito. De ahí se identificaron tres principales albergues que se dedican a ofrecer alojamiento, alimento, asistencia médica, psicológica e incluso legal a migrantes irregulares en la ciudad (véase mapa 2).

2. Mapa de la Ruta Occidente al interior de Jalisco



Fuente: Robles, V. (2010). "Cholos al servicio de la migra". *Replicante*.
En <http://revistareplicante.com/en-las-juntas-tlaquepaque/>. Tomado de Google Maps

Zonas de afluencia de migrantes irregulares

El presente proyecto se basa en el mapeo propuesto por Iliana Martínez en su investigación "Migración y movilidad en el AMG. *Aproximaciones al conocimiento de la población en las vías del tren*", donde ubica las zonas más importantes en el trayecto de migrantes ilegales en el AMG.

Este mapeo está conformado por tres zonas: Las Juntas, La Estación del Tren y la Zona Residencial.

La zona de las Juntas se localiza en el municipio de Tlaquepaque y hacia el sureste del AMG. Conformada por colonias de medios a bajos ingresos, mezcla espacios residenciales con comercios (formales e informales) y poca industria; esta zona se expande hasta los patios de carga del ferrocarril, de la empresa Ferromex.

La zona de La Estación del Tren presenta un panorama contrastante, ya que colonias como La Moderna y la colonia del Fresno, la zona industrial y comercios convergen en las inmediaciones de esta área. Localizada a un extremo del centro de la ciudad de Guadalajara, por lo que es aquí donde se encuentran la mayor cantidad de organizaciones e instituciones civiles que les apoyan. En este punto cruza la avenida Inglaterra, uno de los puntos de mayor concentración de migrantes. En el año 2013 la compañía de trenes Ferromex, instaló rejas y bardas, con la intención de impedir que los migrantes tuvieran acceso a las zonas de las vías, obligándolos a instalarse del otro lado del muro.

La Zona Residencial alberga un panorama distinto. Se encuentra hacia la salida Oeste de la ciudad. Se caracteriza por ser una zona residencial de ingresos altos, combinado con comercio, hoteles, escuelas y alto flujo vehicular. Es también un punto característico por el apoyo que reciben los migrantes ilegales por parte de los civiles, aunque este apoyo se vio dañado ante los migrantes impostores que se aprovechaban de este beneficio. Es aquí también donde se tiene más presencia de la policía, los migrantes han dado testimonio de las amenazas que han sufrido por parte de estos agentes.

Las tres zonas aquí mencionadas han sido seleccionadas para el trabajo de campo, que busca el acercamiento y la realización con migrantes irregulares.

Albergues en la ciudad

Durante esta investigación han sido seleccionados tres espacios que brindan apoyo y asistencia a migrantes que transitan en el AMG. Cada uno de estos espacios cuenta con características específicas, que se detallan a continuación.

CADIPSI, es un albergue que pertenece al Sistema DIF Guadalajara, dedicado a brindar asistencia a distintas personas en situación de vulnerabilidad social, no solamente migrantes, sino que es un albergue para personas en situación de calle, así lo define su director Rubén Arroyo. “En este albergue se dan atenciones de diferentes tipos: nutrición, odontología, podología, psicología, valoración médica y trabajo social para su reinserción y reintegración social” (Arroyo, Rubén, 2016). Está ubicado en Av. Las Palmas, a un costado del Parque Agua Azul, lo que lo convierte en un punto estratégico gracias a su cercanía a las vías en la zona de La Estación del Tren.

El segundo albergue es la Casa del Migrante, conocida como “El Refugio”, ubicado en el Cerro del Cuatro, fundado por el párroco Alberto Ruíz. Se encuentra muy cerca de la zona de Las Juntas. En este albergue “además de brindar hospedaje, tiene la opción de darles un acompañamiento cuando los migrantes se encuentran en algún trámite legal (Ruíz, Alberto, 2016).

El tercer albergue es el administrado por la asociación civil Dignidad y Justicia en el Camino A.C., conocida como FM4 Paso Libre, la cual, a través de un equipo interdisciplinario, realiza diferentes labores en pro de los migrantes que transitan por la AMG. Sus mayores esfuerzos van hacia la ayuda humanitaria integral, la vinculación institucional, la incidencia política y el trabajo comunitario (Guerra, Elisa, 2016). FM4 Paso Libre ha contribuido significativamente a la sensibilización y difusión en torno al fenómeno migratorio en el AMG, gracias a su trabajo constante de investigación. Se encuentra ubicado cerca de las vías del tren de Av. Inglaterra.

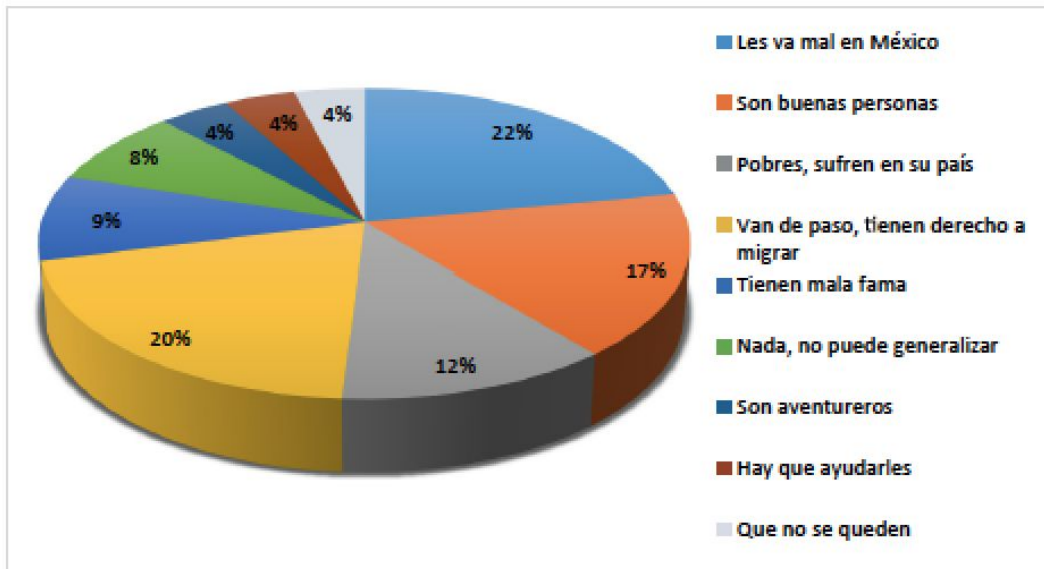
Percepción de la migración en el AMG

Guadalajara es de las pocas ciudades capitales por las que transita La Bestia. Es el lugar más desarrollado en el que se para el tren, y por lo tanto, los migrantes son vistos en las calles más transitadas. Pero, ¿qué piensan los jaliscienses de la migración? Creemos pertinente retratar el otro lado, los que viven en las ciudades y son testigos del paso de viajeros en las vías.

Según un estudio realizado por la asociación civil FM4 Paso Libre, hay tres actitudes generalizadas en el Área Metropolitana de Guadalajara hacia los migrantes: conocimiento sobre la migración, hospitalidad, y percepción de discriminación en algunos sectores.

En la primera, si bien hay un poco de conocimiento sobre el tema, sólo 3 de cada diez conocen las dificultades del trayecto, y solo la décima parte dice que son personas que buscan mejores oportunidades. Más de la mitad de los encuestados señalaron como causa principal la falta de empleo, aunque muy pocos mencionaron la violencia y la inseguridad. Con respecto a la hospitalidad, percibieron una actitud acogedora hacia los migrantes. De hecho, siete de cada diez personas encuestadas aceptaron que ayudan a migrantes en los cruceros. Sólo 1 de cada diez dijo que le daría miedo ver a un migrante caminar por la misma banqueta. Finalmente, en cuanto a las actitudes de discriminación FM4 asegura que aún hay mucho trabajo por hacer. Cuando se les pregunta cómo son vistas las personas migrantes en el AMG, los encuestados que responden en tercera persona casi seis de cada diez expresan que son mal vistos, discriminados o explotados. Las cifras bajan cuando responden en primera persona. Puede pensarse que los encuestados en general no muestran posturas discriminatorias pero que notan en los demás una actitud de rechazo.

Gráfica 5. ¿Qué piensa de las personas migrantes que pasan por la ZMG?



FM4 Paso Libre. Dignidad y Justicia en el Camino A.C. (2016).” El desafío de transitar-vivir en la ciudad para las personas migrantes en Guadalajara. Segundo informe de investigación.

2. Desarrollo

2.1. Sustento teórico y metodológico

Miguel Vilches Hinojosa, en su artículo “Para entender las migraciones internacionales en la metrópolis tapatía”, plantea tres perspectivas para explicar el fenómeno migratorio que actualmente vive el AMG.

El primer enfoque del que habla Hinojosa plantea la emergencia que atraviesan los territorios migratorios intermedios. El AMG es considerada un punto de tránsito importante en la denominada ruta del Pacífico, que en los últimos años ha presentado una mayor presencia de migrantes irregulares, debido a la inseguridad que viven estados como Coahuila y Chihuahua, que son paradas de las rutas Golfo y Centro. Tal incremento en el circulante de migrantes en la zona, obliga a la ciudad plantearse preguntas como: ¿De qué modo el paso de las personas migrantes en tránsito impacta a los territorios intermedios y a las personas que viven e interactúan con los y las transmigrantes? ¿Cuáles son los medios y las estrategias que utilizan para continuar el tránsito migratorio? ¿De qué modo los y las personas transmigrantes se mimetizan en las zonas rurales y urbanas para sobrevivir durante su viaje migratorio?

El segundo enfoque de Hinojosa establece: “El transmigrar por México hacia Norteamérica está interrelacionado con el funcionamiento de un Sistema Migratorio Internacional en el que países centroamericanos y norteamericanos intercambian personas sobre la base de relaciones históricas que conforman dinamismos estructurales más allá de las fronteras nacionales conectando lugares de origen, tránsito y destino por obra de la circulación de mercancías, capitales, ideas, informaciones y personas” (Hinojosa, Miguel, 2016, p.p.12). En este sentido la migración entre países de origen y destino de flujos migratorios irregulares, sobrepasa los discursos políticos oficiales actuales, orientados a disminuir la migración irregular.

Finalmente, la tercera perspectiva que aporta Hinojosa para el estudio de la migración en Guadalajara sugiere que las grandes ciudades en México, bajo la lógica de la industrialización desproporcionada, ha generado cinturones de pobreza, desigualdad y marginación. Estas zonas son el contexto habitual en las que migrantes y transmigrantes logran entrar y mimetizarse.

Estas tres visiones han sido adoptadas para la construcción de los tres objetivos específicos del presente proyecto. Tales planteamientos son apropiados a manera de hipótesis y son trabajados a través de los productos finales de la investigación. Los productos finales son crónicas que, si bien no permiten la generalización de los planteamientos de Hinojosa, son intentos por subjetivizarlos. Es decir, de generar testimonios que narran, con sus limitaciones evidentes por ser esta una investigación de naturaleza cualitativa, la veracidad de estos planteamientos, a través de las historias obtenidas.

Metodología

El fundamento de la presente investigación está cimentado en aportar una visión alternativa a un fenómeno social importante: la migración irregular. Esta visión alternativa nace desde una perspectiva de la sociología subjetiva, en este caso, que pretende documentar las historias de un grupo de migrantes, transmigrantes y migrantes mimetizados en el AMG.

La metodología implementada para la obtención de información está integrada en tres fases principales: la revisión bibliográfica del fenómeno en el país y particularmente en el AMG, la búsqueda de los testimonios y la generación de productos periodísticos y visuales: crónicas y fotografía.

La primera etapa tiene que ver con la revisión de investigaciones publicadas y la realización de entrevistas a expertos en la materia: académicos, pero también encargados de instituciones cercanas al fenómeno: autoridades y principalmente albergues y grupos de la sociedad civil que se han encargado a

velar por los derechos de los migrantes.

La segunda etapa tiene que ver con la obtención de información en campo. Visitas a las zonas y albergues que se mencionan en el apartado de contexto y el contacto directo con migrantes irregulares, transeúntes y migrantes mimetizados. Para la obtención de información el equipo realizará entrevistas documentadas en audio, la documentación fotográfica y la observación.

La tercera etapa tiene que ver con la revisión de la información recabada, la redacción de las historias, que para este trabajo se ha seleccionado ser escritas en formato de crónica; la curaduría y la edición del material fotográfico que será incluido en las crónicas.

En este apartado se definen los conceptos que aparecerán constantemente, tanto en el reporte de investigación, como en los productos finales. Tales definiciones han sido construidas por el el equipo del proyecto, en función con la orientación del propio trabajo.

Conceptos

Migrante. Persona que ha abandonado su país de origen y no se ha instalado aún en ningún territorio.

Emigrante. Persona que ha abandonado su lugar de origen.

Inmigrante. Hombre o mujer que se ha establecido en un territorio distinto al que es originario, ya sea de forma legal o irregular.

Migrante irregular. Persona que ha abandonado su lugar de origen y no cuenta con una visa o documento migratorio del lugar donde se encuentra físicamente.

Transmigrante. Persona que ha abandonado su lugar de origen y circula por un país en el que no pretende instalarse.

Deportación. La Secretaría de Gobernación, en su catálogo de estadísticas, clasifica el envío de extranjeros a sus lugares de origen en dos campos: regresos asistidos y deportaciones. Para esta investigación no diferenciamos entre ambas categorizaciones. Todo retorno realizado por la autoridad migratoria de un extranjero a su país de origen se utiliza el término deportación.

2.2. Planeación y seguimiento del proyecto

La cantidad de información bibliográfica en torno a la migración irregular en México es amplia y variada, se pone una atención fundamental en la información oficial, girada por la Secretaría de Gobernación, a través del Instituto Nacional de Migración que año con año emite boletines estadísticos en la materia, datos que son presentados en la presente investigación.

También ha sido consultada y presentada la información emitida por Organismos Internacionales como la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas y la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

La información ha sido contrastada con datos e investigaciones realizadas por organizaciones civiles que se han convertido en verdaderos especialistas en el tema y defensores de los derechos humanos de los migrantes —parte transversal de la presente investigación— que contribuyen a un entendimiento más amplio y profundo del fenómeno migratorio en México.

La primera etapa de la investigación estuvo determinada por la consulta y sistematización de esa información emitida por las autoridades migratorias, los organismos internacionales y las asociaciones civiles. Estructurar y sobre todo reflexionar en torno a la bibliografía recabada permitió, de parte del equipo, una comprensión del fenómeno migratorio en torno a una serie de preguntas que representaron la base de la investigación: ¿Cuántos migrantes irregulares ingresan cada año a México? ¿De dónde provienen? ¿Cuántos migrantes deporta el gobierno mexicano anualmente? ¿A dónde se dirigen y por qué medio viajan los transmigrantes? ¿Cuál son las rutas de tránsito más utilizadas en el país? ¿Cuál es la percepción de la sociedad para con los migrantes? El primer apartado de la investigación da respuesta a esta serie de preguntas.

La información entorno al fenómeno migratorio, particularmente en el Área Metropolitana de Guadalajara es aún limitada. El trabajo de investigación de Iliana Martínez Hernández Mejía: “Migración y Movilidad en la ZMG”, y el informe de investigación publicado por la organización FM4 Paso Libre, titulado “El desafío de transitar–vivir en la ciudad para las personas migrantes en Guadalajara”, sirvieron como base en esa primera etapa de revisión bibliográfica que ayudó a conocer el contexto del fenómeno en la ciudad. Principalmente para ubicar los puntos en los que se encuentran los migrantes irregulares.

Aunado a las investigaciones de Martínez y FM4, se realizaron entrevistas a los encargados de los principales albergues en la ciudad, que se dedican a brindar alojamiento y asistencia a migrantes en tránsito: El Centro de Atención y Desarrollo Integral para Personas en Situación de Indigencia (Cadipsi) del DIF Guadalajara, con su director: Rubén A. Arroyo Ramos y en la Casa del Migrante, “El Refugio” con su fundador, el párroco Alberto Ruiz. La información obtenida en ambas entrevistas es presentada en el apartado de contexto.

La segunda etapa de investigación tuvo como tarea fundamental el acercamiento y contacto con migrantes irregulares, para ello se realizaron diez visitas, en un periodo de dos meses, a los albergues Cadipsi y El Refugio. La mayoría de estas personas viajan sin un plan fijo, de ahí la dificultad de generar y cumplir una agenda de trabajo con los migrantes y sobre todo, una relación de confianza con el equipo de investigación que nos permitiera conocer sus historias, desde que salieron de su país de origen, pero aún más complicado fue dar seguimiento a dichas historias. Durante estas visitas se entrevistó a más de diez migrantes que se encontraban de paso en los albergues.

Además de visitas a albergues se realizaron cuatro visitas a las zonas del tren de carga de la empresa Ferromex, en distintos puntos de la ciudad: a la altura de la colonia Ferrocarrilera, a la altura del cruce de las avenida Inglaterra y Vallarta y en las Juntas, en el Cerro del Cuatro. Durante estas visitas se entrevistó

a más de diez migrantes, a los cuales fue imposible volver a contactar, pues regularmente, permanecen en la ciudad uno o dos días hasta que logran subirse al tren. Además se entrevistó a tres migrantes que se encontraron pidiendo dinero en tres cruceros sobre la avenida Juárez y Enrique Díaz de León. Con uno de ellos se logró el seguimiento a su historia por más de un mes.

Durante la tercera etapa del proyecto se realizó una revisión exhaustiva de los testimonios obtenidos, mismos que fueron grabados en audio y en formato visual: fotografías, además de las anotaciones resultantes de la observación. Se realizó una selección de las historias que serían producidas en formato de crónica, para finalmente generar los productos finales.

Plan de trabajo

Para la realización de los productos finales del proyecto fueron revisadas las entrevistas que se hicieron a migrantes irregulares en albergues, en las vías del tren y en las calles de la ciudad. Se tomó la decisión de presentar la información y el material visual obtenido en cinco crónicas. Tal decisión estuvo determinada por el interés de responder a los tres objetivos específicos que fueron planteados en el inicio del proyecto. Es decir, se seleccionaron historias que contribuyeran a abonar a las tres variables que representan el eje transversal del proyecto:

1. Los riesgos a los que se enfrenta una mujer migrante que viaja por territorio mexicano.
2. Las maneras que encuentran los migrantes irregulares para sobrevivir y mimetizarse en el AMG.
3. Los procesos y retos que enfrenta un migrante que opta por quedarse en el país, particularmente en el AMG.

- Actividades profesionales y técnicas:

El proyecto fue realizado por tres integrantes, cada uno de distintos perfiles

profesionales: Katia Diéguez, de la carrera de Periodismo, Maritza Lavín, de Artes Audiovisuales y Luis Uribe, de Gestión Cultural. Esta diversidad de perfiles representó una fortaleza en los contenidos producidos. Las cinco crónicas que se presentan se apegan al objetivo general del proyecto de exponer casos que evidencian las condiciones en las que migrantes irregulares transitan y se refugian en la ciudad. El equipo estuvo convencido que tal visualización tendría que ser nutrida de material fotográfico que enriqueciera las historias narradas. La humanización de los testimonios ha sido la principal preocupación de los integrantes y el reporte fotográfico juega un papel importante. Tal humanización representó en todo momento la motivación fundamental para con el trabajo, de ahí que se tomara la decisión de que el equipo formara parte de las historias, en algunos casos implícitamente.

En cada crónica que se presenta, el escritor, en este caso los tres integrantes del proyecto, desempeñan un papel importante en la narrativa y sus contenidos, pues, el proyecto carecería de sentido ético sino se hubiera logrado construir relaciones de confianza con cada uno de los migrantes de quienes aquí se presentan sus historias. Al final, las historias están narradas desde las palabras, la cosmovisión y por supuesto de la concepción de los integrantes del proyecto.

- Del tipo de proyecto

El trabajo fue planteado desde un inicio a manera testimonial. Tal naturaleza del proyecto demandó en todo momento trabajar constantemente en campo, en albergues y principalmente en las calles donde se refugian los migrantes irregulares y aquellas zonas de la ciudad donde han logrado instaurarse.

La zona ubicada en la colonia Ferrocarrilera y aquella aledaña a la Central Vieja de Autobuses fueron las zonas con mayor riesgo para el equipo. En ambas zonas se encontraron personas —migrantes y no migrantes— consumiendo algún

tipo de droga, lo que en ocasiones imposibilitaba mostrar el equipo fotográfico con el que se acudía siempre.

- De los recursos materiales y económicos

Los recursos materiales representaron un papel importante en la obtención de información. No es mentira decir que la estrategia que encontró el equipo para acercarse a migrantes en las vías y en la calle, fue la de llegar con algún tipo de alimento y agua. En otras ocasiones el equipo tuvo que financiar el hospedaje de algún migrante, principalmente para documentar el lugar donde comúnmente duermen. También se entregaron otros insumos como ropa, mochilas o dinero en efectivo para que éstos compraran alimentos.

La mayoría de los migrantes viaja sin dinero, algunos de ellos han sido asaltados, por lo que, el equipo tuvo siempre en claro que apoyar económica o con bienes a aquellas personas que compartían parte de sus historias de vida era el acto más justo que podía realizarse para con ellos.

- De las fechas previstas

La manera en que operó administrativamente este Proyecto de Aplicación Profesional, tanto el profesor Rogelio Villarreal como su asesor, Andrés Villa, permitieron que un proyecto de esta naturaleza no sólo fuera factible sino logable. Las asesorías que Rogelio aportó, tanto en el aula como fuera de ella, a través de correos, mensajes o comentarios, permitieron que el equipo dedicara más de dos meses de trabajo en campo. El equipo del proyecto sabía, en todo momento, que los testimonios que quería obtener se encontraba fuera de la universidad y principalmente en las calles. La flexibilidad de los encargados del PAP contribuyeron en todo momento para que el trabajo fuera posible.

- De los contenidos logrados

Las cinco crónicas que se presentan más adelante fueron escritas por los tres integrantes, cada uno eligió aquella historia con la que sentía un compromiso propio. La fotografía estuvo a cargo de Maritza Lavín y Luis Uribe.

Desarrollo de propuesta de mejora

El desarrollo del proyecto estuvo estructurado en tres etapas:

1. Revisión bibliográfica y redacción de generales del fenómeno migratorio.
2. Trabajo en campo con migrantes en albergues, vías del tren y calle.
3. Revisión, selección de información y elaboración de contenidos (crónicas).

La siguiente tabla muestra gráficamente la distribución de las tres etapas en la temporalidad de desarrollo del PAP.

A la deriva, migrantes a la merced del viento				
Cronograma de Actividades				
Semana	Fecha	Actividad	Involucrados	
1	13- 17 Feb	Revisión bibliográfica sobre la migración irregular en México y el contexto en la ciudad de Guadalajara. Información emitida por fuentes oficiales, organismos internacionales y organizaciones de la sociedad civil	El equipo completo	Etapa 1
2	20 al 24 Feb	Redacción de los objetivos, introducción y justificación del proyecto de acuerdo a la información recopilada	El equipo completo	
4	27 Feb al 03 Mar	Visita a los albergues: Cadipsi y la Casa del Migrante	El equipo completo	Etapa 2
5	6 al 10 Mar	Entrevista con los responsables de albergues (Rubén Arroyo & Arturo Ruiz)	El equipo completo	

6	13 al 17 Mar	Trabajo en campo en las vías, en los puntos de Washington y la Estancia	El equipo completo	
7	20 al 24 Mar	Entrevistas y seguimiento a migrantes en albergues, las vías y puntos de la ciudad	El equipo completo	
8	27 al 31 Mar	Entrevistas y seguimientos a migrantes en albergues, las vías y puntos de la ciudad	El equipo completo	
9	3 al 7 Abril	Revisión de material, entrevistas, notas y contenido fotográfico. Selección de las cinco historias a trabajar.	El equipo completo	
10	10 al 14 Abril	SEMANA SANTA		
11 y 12	17 al 28 Abril	Redacción de crónicas, selección fotográfica y edición		Etapa 3
		"Ellas y yo, las migrantes"	Katia Diéguez	
		"Like a Rogelio Stone"	Luis Uribe	
		"Honduras en las vías"	Maritza Lavín	
		"Con un pie del otro lado"	Luis Uribe	
		"Viacrucis"	Katia Diéguez & Maritza Lavín	
13	1 al 5 Mayo	Elaboración del reporte PAP	El equipo completo	

Se presenta ahora una descripción general de cada una de las crónicas que son los productos finales del proyecto. En cada una de estas descripciones se mencionan las maneras en que fue construida la relación con cada uno de los migrantes entrevistados y los retos a los que tuvo que hacer frente el equipo para establecer una relación de comunicación y confianza con los entrevistados.

Ellas y yo, las migrantes. En esta crónica Katia Diéguez cruza las historias de dos mujeres: Margarita, una migrante de origen hondureño que viaja en la Bestia

con su pareja y dos vecinos de Tegucigalpa, donde dejó a sus hijas; y Rosa, una migrante nicaragüense que viaja con su hijo Ángel de dos años, quien huye del padre del niño tras haberla amenazado de muerte. Katia trabajó con ambas migrantes en dos locaciones distintas, con Margarita en las vías del tren y con Rosa dentro del albergue “El Refugio”. El valor de esta crónica se potencializa en la manera en que Katia cruza ambas historias con su historia personal, una visión de género que obliga a reflexionar sobre los contrastes de tres mujeres de edades similares.

Honduras en las vías. Maritza Lavín narra el paisaje cotidiano en las vías del tren, justo a lado de una zona residencial en los linderos de Guadalajara y Zapopan, donde cuatro migrantes de origen hondureño, dos hombres y dos mujeres —ambas parejas— viajan en la Bestia, el ferrocarril que le ha cobrado ya a Margarita, una de las dos migrantes, un muñeca rota y una rodilla lastimada. Los cuatro hondureños no planean permanecer más en Guadalajara, se han parado a “descansar”, conseguir alimento y tomar fuerzas para continuar la travesía que, se juran, los llevará hasta los Estados Unidos o en el peor de los casos, hasta Mexicali, Baja California.

Una de los grandes retos para obtener información con migrantes que se encuentran en las vías del tren es identificar quienes de las personas que están pidiendo dinero en tales puntos no son migrantes disfrazados. El equipo de investigación logró percatarse que es común encontrar a mexicanos haciéndose pasar por migrantes para obtener dinero. También hay mexicanos que viajan en el tren para trasladarse entre distintas ciudades del país. Otra de las dificultades encontradas fue la de poder utilizar el equipo fotográfico. Es común que junto a los migrantes se encuentren indigentes y los ya mencionados falsos migrantes, quienes normalmente se valen del robo para obtener dinero u otro objeto, de ahí que el equipo desarrolló una estrategia en la que la persona que portaba la

cámara fotográfica era vigilada por otro compañero, quien se sentaba del otro lado de la calle para vigilar y proteger al equipo.

Like a Rogelio Stone. Rogelio es un migrante guatemalteco que fue deportado de Estados Unidos donde vivió durante más de treinta años. Después de pagar condena en la cárcel fue liberado en la frontera con Matamoros y desde hace meses deambula por la ciudad de Guadalajara. Para narrar la historia de Rogelio, Luis Uribe lo acompañó por los puntos de la ciudad donde obtiene dinero (en cruceros del centro de de Guadalajara); donde comúnmente come (en los alrededores del mercado San Juan de Dios) y donde duerme —cuando no lo hace en alguna calle— por la zona aledaña a la Central Vieja de Autobuses.

Por un periodo de un mes Luis documentó fotográficamente a Rogelio en dichos puntos, grabó en audio un par de entrevistas y tomó notas sobre la historia que Rogelio le compartía. Algunas de las condiciones importantes de subrayar son: la dificultad para contactar a un migrante en el estado en que se encuentra Rogelio, es decir, en condición de indigente, hace casi imposible coordinar encuentros. En muchos casos Rogelio no acudía a las citas a las que se comprometía. Por otro lado, deambular en las zonas en las que se moviliza Rogelio representaron en distintas ocasiones riesgos a la seguridad del investigador, principalmente en la zona de la Central, por ser éste un lugar controlado por migrantes centroamericanos, muchos de ellos coyotes que trabajan para pandillas que han logrado instaurarse en la ciudad y otros que se dedican a la venta de drogas.

Con un pie del otro lado. Esta crónica narra la historia de Óscar, un joven migrante de origen hondureño de tan sólo veinte años de edad, a quien conocimos en la Casa del Migrante. En ese tiempo Óscar llevaba un mes viajando en el tren de carga y se disponía a cruzar a Arizona, a través del desierto de Sonora, junto a

un compañero de viaje y vecino de su natal Honduras, de nombre Marlon. Óscar y Marlon intentaron la hazaña de la mano de un coyote quien había prometido llevarlos hasta Lukeville a cambio de llevar consigo dos maletas llenas de droga. Al cabo de dos días de caminar en el desierto Marlon cayó desmayado. Actualmente Óscar se encuentra en Guadalajara, luchando por una visa de refugiado que le permita instalarse en la ciudad. Una de las estrategias demandadas en este proyecto fue la de regresar constantemente a los albergues, con la intención de reencontrarse con migrantes que hubieran desistido o fallado en su intento por cruzar a los Estados Unidos.

El Viacrucis. El trabajo en conjunto de Maritza Lavín y Katia Diéguez retratan el Viacrucis del Migrante, un conjunto de más de 200 migrantes que viajan- año con año- desde Tapachula hacia Tijuana, con el fin de solicitar refugio a los Estados Unidos. El grupo de niños, hombres y mujeres llegó a la casa del migrante “El Refugio”, en Guadalajara, para descansar un día y seguir con su camino.

La historia se centra en la generalidad del evento. La gestión de organizaciones civiles estadounidenses y mexicanas e incluso los arreglos con Ferromex para parar el tren en la noche y permitir a los cientos de migrantes subir con “seguridad”.

El texto empieza de lo general para terminar en lo particular: con la historia de Mari, una mujer que viaja con su hija Sarahí en silla de ruedas. La mujer salvadoreña es la líder del grupo de las mujeres, la encargada de racionar y repartir la comida y los insumos a lo largo del camino. Mari, quien vivió en Tapachula por cuatro años cuenta su pasado y se emociona al hablar de los planes a futuro con su hija. Ellas dos, libres por las vías.

Resultados del trabajo profesional

3. Crónicas

3.1 Ellas y yo, las migrantes

Rosa tiene veintiún años. O veintidós. A veces se confunde. Se agarra el cabello en un chongo gordo que apenas logra recoger todos los pelos mientras me dice que viene de Nicaragua. Sus ojos son negros, pero le cuesta sostener la mirada. Y su boca, su boca es roja y la lleva maquillada por fuera de los labios, casi hasta tocar su nariz. Como si quisiera hacerla parecer más grande, aunque sólo hable pocas palabras y salgan sílabas cortas. También tiene un hijo. Se llama Ángel, cumplió dos años y, como su mamá, casi no habla. Su palabra favorita es “no”, y para decir sí mueve la cabeza de arriba abajo. Rosa dice que tiene algunos días en Guadalajara y se ha prometido no volver a subir a la Bestia, ese tren que quita vidas y que a veces llega a Estados Unidos.

A Margarita, en cambio, no le da miedo el tren. Acaba de llegar a la ciudad, y aunque tiene una muñeca rota piensa subirse esta noche. Las piedras que están a un lado de las vías, dice, ya la cansaron. Tal vez en los vagones logre cerrar los ojos aunque sea por un rato.

La mujer de paso no tiene más de treinta años. Come un lonche a grandes mordidas y sonrío cuando le pregunto sobre sus heridas. Su muñeca y su pierna están lastimadas porque se cayó del tren. No recordaba nada hasta que despertó en un hospital junto a su pareja y con un brazo vendado. Sonríe porque volvieron al camino días después, como si hubiera una especie de adrenalina que el tren les contagiara; como si a ratos se le olvidara haber dejado a sus dos hijos en Honduras, o que la comida ya casi no les alcanza.

Yo hace un par de años que cumplí los veinte. Casi no uso maquillaje en los labios y mi asiento preferido son las sillas acolchonadas. Me he roto los

tobillos, pero nunca las muñecas, y como a un gran número de mujeres de mi edad, “tocamos madera” cuando nos preguntan si queremos un hijo. Así, ¿por qué ellas viajan en tren y yo no? Ambas han caminado kilómetros en el desierto, han corrido y hasta escapado de las balas. ¿Qué significa ser mujer y viajar en la Bestia?

* * *

A Rosa la conocí en El Refugio, una casa de migrantes al oriente de la ciudad que dirige el padre Alberto. En el lugar, a cambio de comida y cama los migrantes ayudan en la construcción y la organización. Pero en los ojos de dos años de Ángel, las carretas, las montañas de tierra y las cubetas son el escenario de juego ideal. Su mamá le grita y le da órdenes sentada en una mesa chaparra y verde, de ésas donde los niños colorean. De lejos la escena parece un juego. De cerca las sonrisas se borran.

Como cuando me cuenta que huyó hace tres meses. O dos. Titubea porque no recuerda. La mujer de Nicaragua y su bebé escaparon del papá, quien prometió matarla si no se quedaba con él. No lo pensó dos veces y se fue sin decirle a su familia. No ha hablado con su mamá y se excusa al decir que no tiene celular para marcarle, o dinero; aunque después me enseñará algunas fotos desde el móvil de última generación.

En su país vivía como una adolescente. Le gustaba ir a la playa, vestirse con faldas tradicionales hechas de hojas de palma y mover el cuerpo rápidamente, con ritmo. Me muestra en su teléfono las fotos de su ciudad y teclea con velocidad para enseñarme la música típica con la que bailaba. Rosa no me ve a los ojos pero empieza a bailar. Movimientos cortos, casi imperceptibles. Lo disimula para que no me entere. Y yo también recordé la música que guardo en mi celular.

Nos interrumpe un grito que viene de la cocina. Es la hora de comer y los migrantes que trabajaban en la construcción se dan prisa. “Gallo pinto”, dice. Ante mi silencio y el ceño fruncido me describe uno de los platillos típicos de Nicaragua:

arroz, cebolla y frijoles. “Pero no como la sopa de arroz que ustedes hacen”, se ríe un tanto enojada. Le molesta la cantidad de jitomate en nuestro platillo y me confiesa que le gustaría alguna vez hacer de comer en México. Tal como lo hacía con su papá los fines de semana, solos ellos dos en la cocina. También le gusta peinar. Aunque lleva el cabello recogido me presume sus habilidades para trenzar y me asegura que puede hasta hacerme mi nombre en mi cabello. Ahora entiendo por qué las mujeres en el refugio llevan trenzas y peinados complicados en la cabeza.

* * *

Una de Nicaragua y la otra de Honduras. Una es Rosa y la otra es Margarita. De pequeña me decían que las mujeres eran como las flores, delicadas. A ambas mujeres les quitaron la ropa. El dinero. Los celulares. Los papeles. Las fuerzas. Los sueños. La motivación. La delicadeza.

Rosa y Margarita sólo llevan el nombre.

“Y aparte hay que parecer hombre”, me explica la hondureña. Viste una camiseta de tirantes deslavada y unos pantalones de mezclilla. En las vías se puede relajar, pero al subir a la Bestia se disfraza con ropa holgada, el cabello recogido y una gorra para disimular su sexo. “¿Y si no lo haces?”, le pregunto. Se ríe con desdén y me mira mientras saco mis propias conclusiones.

Antes de llegar a Estados Unidos, 80% de las mujeres y niñas migrantes que provienen de Centroamérica son violadas al cruzar por México, denuncia un reportaje del blog estadounidense fusión.kinja.com y el portal animalpolitico.com

Margarita viene acompañada por su pareja y eso a veces la hace sentirse más segura, pero aun así se esconde en los vagones cuando hay alertas de redadas o se asegura de cubrir bien su cuerpo, sin mostrar piel que pueda “estar de más”.

La violencia sexual es tan común en las bandas criminales que el cuerpo se ha convertido en una especie de moneda. La llaman *cuerpomático*: el sexo funciona

a manera de pago cuando las mujeres ya no tienen dinero o deben pagar sobornos por “protección” para llegar al país del norte.

No hay una cifra precisa sobre la cantidad de migrantes violadas. El estigma aún existe, junto con el miedo de denunciar ante una autoridad y poner en evidencia su estancia ilegal en México. “Al denunciar un delito como violación a las autoridades, las mujeres se arriesgan a ser deportadas”, se lee en animalpolitico.com

El riesgo también está al viajar sola con un bebé. “Allá arriba uno ve de todo”, susurra Rosa, casi para que no la escuche. Después me contará sobre los accidentes que ha visto, los descuidos o el peligro de quedarse dormido a bordo del tren. A Ángel lo lleva bien amarrado. Lo cubre de pies a cabeza con ropa y le destapa sólo los ojos. Lo cuida día y noche, aunque a veces parece que es al revés. Tal vez por eso lo nombró así.

La madre vuelve a dudar cuando le pregunto cómo llegaron a México. Cuenta que cruzaron de Nicaragua a Honduras a caballo, pero al intentar llegar a El Salvador la deportaron. Días después pagó para llegar hasta Guatemala. No recuerda el precio, solamente la cara blanca de su hijo y un puente largo. Entonces se pone aún más nerviosa cuando me relata que nadó por el río Suchiate para llegar a la frontera mexicana. “¿Nadaste con el niño?”, le pregunto casi con un grito. “Sí. No. Sí, bueno, pero luego luego nos robaron”, se defiende. Y no es que no le crea, me asombra cómo todas las historias se parecen: los robos, la pobreza y las deportaciones.

Lo que todavía no entiendo es por qué Rosa me cuenta de sí misma en el trayecto y muy pocas veces habla de su hijo.

Días después me contarán que la historia de Rosa tal vez sea diferente. Que otros migrantes la han visto aquí durante meses, incluso años. O que Ángel, su bebé, es mexicano.

Pero la chica que trenza el cabello, que se emociona con el gallo pinto y que cierra los ojos para intentar esconderse cuando baila es la misma mujer que conocí. La historia de Rosa y las versiones de su historia son parte de la migración. El miedo y la necesidad de encontrar un camino tiene diferentes traducciones.

Ambas mujeres nunca se han visto. A Margarita la encontré en las vías del tren, cerca de las colonias de clase media. Ahí donde los niños juegan detrás de un cancel de metal en escuelas con nombres ingleses, y justo en frente un grupo de migrantes esperan la noche para subir al tren y escapar. La mujer de Honduras no llevaba más de un día en la ciudad y su meta era dejarla lo antes posible para llegar al norte del país. Con Rosa platicué algunas semanas después mientras conseguía dinero para seguir el trayecto por autobús. Ambas vienen de países distintos y van a diferentes ciudades: Margarita a Tijuana y Rosa a Mexicali. Repiten el sueño de cruzar la frontera, y de huir de la pobreza y la violencia de sus países. Aunque son distintas, ambas están dispuestas a cambiar el plan y quedarse en México.

“Mi propio lugar para peinar y poner uñas”, me confiesa Rosa. Su espacio en nuestra ciudad para vivir. Y es que, se cree que al menos 30% de los centroamericanos deciden vivir en México como indocumentados. Me toma las manos y me doy cuenta que lleva las uñas pintadas de negro con el barniz a punto de caer. “También te leo la mano”, y se emociona cuando me confiesa el número de hijos y parejas que tendré. No creo en el esoterismo, pero le creo cuando me pide que invite a mis amigas y me promete hacernos un cambio de *look*. Para ella, Guadalajara es el mejor lugar para trenzar.

A Margarita no le convence la idea de quedarse, pero su pareja insiste en las dificultades de llegar al norte. Ya sea caminar días en el desierto con una mochila llena de droga. O pagar miles de dólares a un coyote para cruzar. O

esperar a que algún conocido del otro lado pague por ti para seguir adelante, son algunas de las razones por las que México llega a ser la opción más segura. “Guadalajara ha sido el mejor lugar, acá si dan comida”, me explica la pareja de Margarita mientras se guarda algunas monedas en la bolsa. Su plan: intentar cruzar aunque si encuentran trabajo en Mexicali, se quedan.

La pareja y yo platicamos un rato. Escucho a los niños del colegio salir de clases y me doy cuenta de que es hora de irme. Me despido y camino a la orilla de las vías. Pienso en sus historias y la frase que me repitieron ambos: “No somos malos, queremos trabajar”. Mientras me alejo de ellos, del otro lado de la calle un hombre, mexicano, en un carro compacto del año me sigue, intenta llamar mi atención con preguntas y sonidos. Al final se va sin antes hacer una mueca —que en su cabeza pensó que era un beso— y la mirada lasciva que aún recuerdo. Volteé a las vías y a los migrantes, y entendí la ironía de sentirse más seguro con el extranjero. ¿Será que al final todos también hemos deseado huir? ¿De la inseguridad, de la incomodidad o de las pocas oportunidades?

Momentos después recordaré mi última visita con Rosa y que antes de irme la chica corrió a su cuarto y me pidió que la esperara. Volvió a brincos con una sonrisa y un papel amarillo en su mano, *Banco Central de Nicaragua*, se leía en la parte superior. Con los ojos bien abiertos me explicó el valor que tiene el billete en su país y lo que podría comprar con él: algo de arroz, alguna botana pequeña o incluso unos calcetines. “En México no valen nada”. Lo acercó y me insistió en que me lo llevara, ella no lo iba a necesitar más. Se lo cambié por uno de mi país y con una sonrisa me dijo: “Para que no se te olvide que tú también algún día serás migrante”.

Algún día.







3.2 Honduras en las vías

Las vías se extendían frente a nosotros. Caminábamos al lado de ellas mientras observábamos al grupo que estaba delante de nosotros. El cansancio, el sol y las noches interrumpidas estaban presentes en su rostro, aunque el optimismo era su principal rasgo.

El primer contacto lo tuvimos con el líder del grupo. Se encontraba pidiendo monedas a los automóviles que necesariamente debían bajar su velocidad para cruzar un tope. En cuanto nos acercamos fue el primero en hablarnos, preguntándonos, con una voz grave y áspera, qué era lo que necesitábamos. No era un sujeto duro, sólo sabía que debía cuidar de su gente. Su preocupación era un gesto de cariño. Después de charlar un poco con nosotros, nos dejó platicar con el resto del grupo; él regresó a su labor con los automóviles.

Una mujer imponente formaba parte del grupo; robusta, con mirada penetrante y una sonrisa en el rostro, Margarita se presentó a sí misma. *Viajamos en parejas, él es mi pareja.* Nos dijo mientras señalaba al líder del grupo, después presentó a Daniel, quien también venía con su esposa. Margarita nos contó que la esposa de Daniel había sufrido un accidente en el tren, ella permanecía a la sombra de un árbol lejos de nosotros, únicamente mirándonos. Estas dos parejas habían sido vecinos en Honduras y ahora se convirtieron en cómplices del viaje.

En las vías de Guadalajara conocieron a Ángel, quien también era un hijo de Honduras. Él había sido deportado de Estados Unidos. Ángel no tiene intenciones de subir a La Bestia, él ha decidido pernoctar en las vías pero permanecer en la ciudad.

Le dicen "La Bestia", porque al que no mata, lo deja chueco.

Tenía la mano fracturada y una lesión en la pierna, “Ya me la tienen que operar, además en la cabeza traigo bolas”, dice con una risilla. Margarita tiene alrededor de 35 años, lleva tres meses viajando desde Honduras portando un gran escapulario de la Santa Muerte sobre el pecho. La miro y observo que lleva varios tatuajes que le recorren los brazos, además de algunas cicatrices. Margarita nos comparte su sonrisa, una sonrisa enmarcada por una larga coleta de cabello negro, nunca deja de sonreírnos. Ella y su pareja son los únicos del grupo que quieren intentar cruzar *hasta el norte*.

Margarita dejó en Honduras a sus dos hijos además de su trabajo como lavacarros, “Honduras es cruel, allá no te alcanza para comer bien, lo que uno necesita”.

En Honduras, Margarita vivía cerca de las vías, solía jugar a subirse y bajarse del tren. “Eso fue antes de tenerle miedo”. Del juego a realidad, y de la diversión al miedo, Margarita ha emprendido el camino.

Viaja con su pareja, quien ya había intentado cruzar una vez, “Lo regresaron, eso fue antes que nos juntáramos”. Viajan juntos porque así se cuidan entre todos. “Cuando te subes al tren tienes que ir despierto, no importa que te desveles”.

A lo largo del camino Margarita ha descubierto, y en algunos casos confirmado, lo que se dice acerca del camino. El grupo paró por comida en la capital mexicana, de la que se dice que uno tiene que salirse rápido.

“Yo venía con un celular, traía mis cosas desde Honduras, nuestros papeles, mi ropa, me veía bien, pero nos robaron todo en DF. Nada más llegamos y nos quedamos sin nada. Por eso ahorita me ves fachosa, con lo que me dieron en el albergue”.

Después de la capital, su siguiente parada fue Guadalajara, les habían dicho que aquí uno come bien, que la gente los apoya y que si se instalan en la

zona adecuada no tendrían problemas con la policía. Al día de nuestro encuentro llevaban cuatro días esperando subir al tren.

Hablamos de las autoridades. Margarita decía que a pesar de no alabar a los policías, aquí no le habían hecho nada, que los únicos que los enfrentaban eran los vigilantes del tren.

“Del tren, los vigilantes nos bajan a macanazos, dicen que el tren es, ¿cómo dicen?, propiedad... propiedad privada de... de, ¡ah! de la federal o sabe qué, pero nomás nos bajan, no nos llevan a ningún lado, saben que vamos a trabajar”.

Le preguntamos a Margarita qué trae en su mochila, nos dijo que carga algo de comida, agua y un cambio de ropa. “Para subirme al tren, yo como mujer que soy, pues tengo que vestirme de hombre, si me visto de mujer no falta cualquier hombre que me falte al respeto. Ponle que no me quitan la vida, pero sí me golpean y abusan de mí. Está feo, está feo. En el camino ya ve uno todo lo que pasa”.

Margarita está emocionada por llegar a Estados Unidos, porque es la primera vez que viaja.

—No puedo decirte que he andado de allá pa’cá, es la primera vez que salgo.

—¡Pero ya conoces México!

—Sí, y nunca se me va a olvidar.

Las consecuencias de un mal comportamiento, la desobediencia, no es culpa de nadie, es mía.

Ángel permanecía sentado en el mismo lugar, casi inmóvil. Su mirada estaba perdida, pero esto no hacía que se separara del grupo, nos observaba atentamente, nos hacía creer que nos escuchaba, aunque su mirada lo pusiera en duda. Había vivido en Estados Unidos toda su vida, se dedicaba a ayudar a las

personas. “Les ayudaba en todo lo que se podía, por ejemplo, a los que no hablaban inglés, les ayudaba a que los entendieran”, decía que muchas veces menospreciaban a quien no hablaba inglés. “Yo iba y les recordaba que eran seres humanos también”.

Ángel vivía en Las Vegas, ahí donde nos dijo que la vida se vive las veinticuatro horas del día. “Allá hay mucha raza, muchos cubanos, hondureños, guatemaltecos, jamaicanos... de todo, yo les ayudaba a todos”.

Había sido deportado ya en una ocasión, intentó regresar y fue deportado de nuevo. “Ya no quiero intentar regresar, quiero hacer algo mejor con mi vida que estar encerrado”, su familia sigue en Las Vegas. “Aquí la vida es mejor, aquí está tranquilo, pero no he encontrado a nadie que me ayude como yo ayudaba allá, yo sé que allá se acuerdan de mí”. Ángel lleva ya cinco años en Guadalajara.

Se quedó un momento en silencio y cuando regresó la mirada a nosotros nos dijo: “Aquí tengo un hijo, no me puedo ir, no lo quiero abandonar”. Él ya no está con su pareja, y eso lo hace pernoctar en las vías, yo me pregunto por qué habrá elegido las vías, y no sé si entonces algo en su corazón pone en duda su estancia. “Quiero quedarme aquí y trabajar en mi relación, no puedo dejar a mi hijo”.

Habiendo dicho esto Ángel y su mirada regresaron al silencio.

Todo el centroamericano que viene a México dice: “Mi padre y mi madre es México”.

Daniel estaba parado al lado de nosotros, él era el más risueño del grupo. Se notaba que era alegre y curioso. Traía una sudadera que alguna vez fue negra y, a pesar del ardiente sol, un gorrito tejido. Luego luego que vio que nos acercamos a platicar dejó a su mujer bajo la sombra de un árbol y se nos acercó.

“Allá ya no quieren a nadie, nos van a sacar a todos”, nos decía mientras entre ellos hablaban de Trump. “Ya es mejor quedarse aquí en México, si uno le echa ganas, puede salir adelante”.

“Lo que uno necesita, Dios lo da, lo que importa es tener bonitos pensamientos, que no caigas en pensamientos para destruirte”. Daniel y su esposa desean quedarse en México, quieren llegar hasta Mexicali. “Aunque si aquí en Guadalajara me sale una oportunidad, nosotros nos quedamos, esta ciudad nos gusta mucho”.

En Honduras Daniel era albañil, la falta de trabajo lo hizo abandonar su país. “Aquí sí hay mucho trabajo, ¡vea nomás esos edificios! Aquí sí hay”, decía Daniel con una sonrisa mientras giraba la cabeza y nos señalaba con la mano todo el panorama que nos rodeaba.

“México es bonito”.

Se acercaba el mediodía y la esposa de Daniel los llamó. Nos despedimos del grupo, caminamos en sentido contrario al que llegamos por las vías, alcé la mirada y vi una universidad de donde salían médicos, tan sólo unos metros más allá de donde se encontraba nuestro grupo de hondureños. Recordé las heridas de Margarita y las de la esposa de Daniel, me preguntó si para estos médicos los migrantes se han convertido en parte del paisaje.

Unos metros más adelante está una escuela privada, una escuela que está rodeada de barrotes, y, quién lo diría, los niños de esa escuela son más libres entre barrotes que sobre un tren.









Like a Rogelio Stone

La silueta de un hombre magro que porta una cobija enrollada en la espalda, amarrada a un morral, a una alforja o una mochila, en la esquina de un cruceo cualquiera de esta ciudad, es una estampa cotidiana de nuestros días.

En el cruce de las calles Morelos y Federalismo, un jueves de febrero que ha sido arrebatado por una precoz e incendiaria primavera, yace el contorno ennegrecido por un sol abrumador que calcina la grises calles del centro, de un hombre que se empeña en denostar su condición de forastero, con la intención de despertar en los transeúntes una benevolencia que se convierta en un alguna moneda.

Después de una veintena de minutos el hombre se aleja del ir y venir de los carros, se pone en cuclillas, saca de la mochila un objeto enrollado en papel que pronto revela: es una torta —imagen viva del trabajador a la hora del almuerzo— la cual devora en no más de cinco mordiscos. Frente a él un indigente lo mira con recelo.

Esa misma tarde me acerqué por primera ocasión a ese hombre, su nombre: Rogelio. Me dijo ser de origen guatemalteco y no dudó un segundo en declararme —cuando le confesé mi interés por conocer del trayecto que había recorrido hasta llegar aquí— que los zapatos que portaba no daban para más, que podríamos reencontrarnos otro día, yo con un par de calzado y él con un poco más de palabras.

A los pocos días lo reencontré en el mismo sitio. Tardé en acercarme, lo miré de lejos. Cada vez que el semáforo guiña el rojo, él, a manera de un ritual profundamente tanteado, levanta un brazo como si se llevara alimento a la boca; en menos de un segundo después aúpa el pulgar de la mano derecha, como si alentara a un grupo de mustios cuya peor condena es el calor sumado al tráfico del mediodía.

Soy yo ahora quien abre la mochila, saco lo que he traído para él: un par de

zapatos. Clavo la mirada en aquella dupla de calzado desgastado, casi inservible que porta este centroamericano del otro lado de la calle. ¿A cuántas incisiones han sido sometidos para cambiarles la suela? Ese par de zapatos son los testigos más auténticos de los caminos andados. Me seduce la idea y confieso para mis adentros a lo que he venido, quiero interrogarlos: ¿Van a Estados Unidos? ¿Viajan en la Bestia? ¿Cuánto tiempo llevan deambulando por Guadalajara? ¿Cuánto más se quedan? ¿Les dan dinero aquí en los cruceros? ¿Dónde duermen? Y así continuar preguntando hasta obtener cada anécdota que aquellos vestigios ambulantes quieran relatarme.

Cruzo la calle, me acerco al hombre, me lanza un diminuta sonrisa que yo atrapo como seña de autorización, como si dijera: Ya te esperaba. Es él quien lanza la primera pregunta: “¿Qué quieres saber de mí?” En mi mente cavilan esas interrogantes que añoraba hacerle a sus zapatos, a los que miro, y finalmente le digo: Traigo estos tenis para ti, seguramente te sentarán mejor que los que ahora tienes.

Bajo el único metro cuadrado de sombra que encontramos, Rogelio dice haber nacido en Santa Cruz del Quiché, al norte de Guatemala, repite un par de veces. Le pregunto cuánto tiempo hace que salió de ahí y frunce el ceño; entonces contesta: “Hace casi cuarenta años que no voy para allá”. Le pido que me cuente de sus recuerdos de Guatemala. Hay un silencio prolongado, mira al cielo, como si de arriba cayeran las respuestas, y finalmente habla: “Crecí en el campo, no había mucho por hacer ahí; recuerdo que de niño hacía figuras con tierra”. Entonces tartamudea, se traba, parece que busca una palabra y súbitamente me pregunta: “¿Cómo se llaman aquí?” La interrogante me deja mudo, no sé de qué habla, pero la encuentra: “Jarros, sí, jarritos es lo que yo hacía de niño, hasta que tuve que empezar a trabajar a los trece años, arando la tierra con bueyes, porque en ese entonces sólo había bueyes, nada de tractores”. Tira una risa infantil y revela dos amalgamas en los dientes frontales.

No necesito hacer una tercera pregunta, toma la rienda y sigue hablando: “De joven uno está fuerte, cree que es el número uno, bueno, no el número uno”, rectifica, “yo soy de la parte más pobre de Guatemala, a los dieciocho años junto con otros amigos tomamos el camión para México y aquí nos subimos al tren hasta Texas, en aquellos tiempos era re fácil”. Vuelve a enseñarme las amalgamas con las que empiezo a familiarizarme. Cada sonrisa viene acompañada de ese filo plateado en el perímetro de los dientes.

Rogelio cruzó a Estados Unidos a finales de los años setenta, lo hizo a través del tren de carga conocido como “La Bestia”. En ese entonces no cruzó por Guadalajara; cuando dice que ingresó a Estados Unidos por Ciudad Juárez revela que la ruta que tomó es la que atraviesa Lechería, en el Estado de México, Querétaro, y al llegar a Irapuato sube hasta aquella ciudad del norte. A principios de los años noventa esta ruta comenzó a ser evitada por los migrantes centroamericanos pues, en primer lugar, el gobierno estadounidense comenzó a edificar en 1993 un muro en la frontera con Ciudad Juárez. Además, se convirtió en una de las rutas más peligrosas para los migrantes tras el aumento de la violencia causada por el crimen organizado. La Comisión Nacional de los Derechos Humanos estima que veinte mil migrantes son secuestrados cada año en su cruce por México.² Por eso hoy la ruta conocida como Occidente–Pacífico, que cruza por la ciudad de Guadalajara, es considerada la menos peligrosa.

Le pido que me cuente de su vida en Estados Unidos. Toma uno de los zapatos que he traído para él, lo observa, como si estuviera en el aparador de una tienda, pero a él sí le está permitido tocarlo, doblarlo y volver a mirarlo las veces que quiera. “Éstos sí están buenos para caminar”, dice. Yo asiento con la cabeza y añado: Los usaba para hacer ejercicio en el gimnasio. Me doy cuenta de la torpeza de mi comentario, así que trato de retomar la pregunta y, por fortuna, él

² Red de Periodistas de a Pie (2016). Éxodos. 2017, Pie de Página.

Disponible: en www.piedepagina.mx/exodos.php

toma vuelo: “Cuando llegué a Estados Unidos comencé a trabajar con unos japoneses en Houston, cocinaba el arroz, las jaibas, también me ponían a hacer los *appetizer*”. No me sorprenden los vocablos pochos que constantemente usa, por lo contrario, le dan credibilidad a lo que cuenta.

Me dice que laboró en distintos restaurantes mexicanos en Houston, y en fábricas. Se ríe cuando declara que también lo hizo en una pollería de Carolina del Norte; se exalta cuando subraya que nunca quiso trabajar en una carnicería, pero se detiene para ahondar en detalles y narra que donde realmente trabajó fue en la pizca, la de la naranja, la cebolla, la fresa, la calabaza, la manzana y el durazno, y así empieza a enumerar estados del este norteamericano donde ejerció la profesión durante más de veinte años, bajo la custodia de un contratista mexicano. Como si fuera un examen de geografía, valiéndose de los dedos de la mano, comienza a nombrar esos lugares: Florida, Atlanta, Carolina del Norte, del Sur, Virginia, Washington, Nueva York. Me intriga lo del contratista, lo retomo.

“Mira, el contratista te da todo, te pone una casa al lado de donde está la cosecha, los fines de semana te lleva a lavar la ropa y a que compres comida para la semana. Te pagan por cubeta llena, por eso se trabaja a gusto, mientras más corras a llenar cubetas más dinero ganas. Te la pagan a cincuenta centavos, imagínate, si haces treinta cubetas en un día ya llevas quince dólares, si haces doscientas ya te ganaste cien”. Me toma más tiempo que a él corroborar esa simple operación aritmética entre los cincuenta centavos y el número de cubetas recolectadas. Lo imagino realizándola en su mente durante más de veinte años.

Pareciera que ha comenzado a desarrollar cierta confianza conmigo, al menos eso me hace creer el lenguaje corporal que cada vez es más relajado. Se para de la acera donde estamos sentados, levanta los brazos cada vez que habla, ahora se refiere al salario en Estados Unidos: “Cuando yo llegué el salario mínimo era de tres dólares, cuando salí ya era de más de diez”. Evidentemente quiero saber por qué salió y cómo llegó hasta aquí, pero él parece anticiparse a la

pregunta que ya olfatea. Deja de hablar, vuelve a tomar los tenis, se los prueba, le quedan a la medida, camina cinco pasos con ellos, regresa y me observa en picada, lanzo la pregunta: ¿Por qué te saliste del gabacho?

“Ya tenía problemas con la ley”. Aparece el primer silencio de toda la charla. No insisto, le propongo vernos en una semana. Le confieso que mi trabajo está a unas cuerdas de donde nos encontramos, le doy santo y seña, le digo mi nombre completo, me interrumpe cuando digo mi segundo apelativo: “Tocayo”, grita. Ya ves, por algo nos conocimos, le digo. Te traigo una mochila para la próxima. No me parece convincente la propuesta que acabo de hacerle, meto la mano al bolsillo y aparece un billete de cincuenta pesos. Antes de dárselos le dejo en claro: La próxima semana me dejas tomarte unas fotos. Asienta con la cabeza. Doy la vuelta y a unos metros lo escucho decir: “Lo que quieras”.

La semana siguiente Rogelio no aparece a la hora que habíamos acordado. Lo espero casi una hora, guardo la cámara en la cajuela del carro y al cerrarla me digo en voz baja: Sabía que no vendría. Al día siguiente aparece, pero yo no estoy en la oficina. En palabras de mi secretaria: “Ha venido un indigente a buscarte alegando que tú lo habías citado, al no encontrarte armó un argüende, amenazó con no regresar y dijo que estaba perdiendo el tiempo, que no había comido ni dormido. Me ofrecí a darle algo para comer pero dijo que él no aceptaba favores de una vieja”.

Nunca pensé que volvería a ver a Rogelio. Tras el incidente me parecía mejor no encontrarlo. Un par de semanas después, caminando en pleno centro de la ciudad, ahí estaba, justo frente a mí. Al principio no lo reconocí, mi mirada quedó fija en una playera deslavada con la fotografía de Muddy Watters³—mi músico favorito—; me embelesó la imagen. Cuando levanté la mirada para honrar

³ Muddy Watters fue un músico de blues estadounidense, considerado el padre del Chicago Blues. Entre sus canciones más conocidas se encuentra “Like a rollin’ stone”. La banda británica Los Rolling Stones acuñó el nombre del grupo por esa canción de Muddy Watters.

al melómano que portaba a ese icono de la historia de la música en su pecho, ahí estaban de nuevo las amalgamas brillando frente a mí.

¿Sabes quién es ése que traes en la playera?, fingiendo familiaridad le pregunté, pero la verdad es que no daba crédito a la escena. Si fuera protagonista de una novela de Milan Kundera sonaría en ese momento la anotación del cuarteto no. 16 de Beethoven: *“Muss es sein? Es must sein!”* (¿Tiene que ser? ¡Tiene que ser!), para recordarme que, en palabras del autor, “Sólo la casualidad puede aparecer ante nosotros como un mensaje”.⁴

¿Tenía que ser? ¡Tenía que ser!

La misma casualidad me recordaba que la cámara seguía en la cajuela del carro desde hace días. Sin dudarlo, con voz dispuesta le dije a Rogelio: Me debes unas fotografías y hoy es un buen día para tomarlas. Le miré fijamente a la cara, buscando las amalgamas en signo de autorización. No dijo un sí. Dimos media vuelta y comenzamos a caminar, al paso de unos metros ya intentaba disculparse por el altercado con mi secretaria. Ni si quiera me enteré, le contesté, tratando de evitar el tema. “Lo que pasa es que no había comido ni dormido”, insistía en explicarme. ¿Y dónde duermes? le pregunté. “Cuando sale para el cuartito ahí me duermo, pero cuando no, en la calle, pero ahí ni duermes, tas como dormido, con los ojos cerrados pero oyendo lo que pasa, no falta un loco que quiera molestarte o hacerte algo. Gracias a dios a mí nunca me ha pasado nada, pos me porto bien con la gente. A veces duermo en la calle, por una semana más o menos, pero casi siempre consigo para el cuarto. Dios me da para eso y como digo a nadie le falta dios”.

¿Y cómo es ese cuarto? “Es un hotel común y corriente, sólo que es un hotel...”, mira al suelo, hace una pausa y encuentra la expresión que buscaba: “Es un hotel de mala raza, como dicen por aquí”. Repite: “Un hotel, un hotel —se traba

⁴ Frase citada en la novela *La Insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera. Capítulo 1, “La levedad y el peso”.

de nuevo—, pos un hotel barato, no es caro, porque los caros cuestan doscientos hasta trescientos pesos, imagínate, tendría que ser licenciado pa' pagar eso y yo creo que ni así". Le causa gracia lo que acaba de decir. Sonríó con él, pero en el fondo me deja atónito, me pregunto cuánto paga, entonces, por el dichoso cuartito. No me contengo y lo digo: ¿Cuánto te cobran ahí donde duermes? "Sesenta pesos". Mueve la cabeza de arriba abajo, un par de veces, como si quisiera convencerme del precio y añade: "Es el más barato, sesenta pesos, ya los demás cuestan cien pesos, allá por la central".

¿Y cómo se llama ese hotel? "El Mil Cumbres, pero más bien es el mil chinches". Le causa risa y esta vez a mí también. La capacidad de reírse de la desgracia no es única del mexicano, me digo para mis adentros. Sin pedírselo, comienza describirme el lugar: "El cuarto tiene una cama llena de chinches, pero yo ya sé cuál es el menos *pior* y es el que siempre pido. Hay un baño pa' todos y unos tambos donde agarras agua pa' bañarte. Lo malo es que no puedes entrar hasta después de las siete de la noche y te sacan a las ocho de la mañana". No hay humor que quepa en lo que acaba de decir.

¿Y cuánto llevas en Guadalajara? "Ya más de un año".

Rogelio fue deportado de Estados Unidos en 2014. Ese año el gobierno estadounidense registró 96,271 guatemaltecos deportados.⁵ Dice que no contaba con ningún documento de Guatemala, aseguró ser mexicano y fue liberado en la frontera con Matamoros. Intentó cruzar ilegalmente en dos ocasiones y en ambas fue detenido. La inseguridad en Coahuila lo obligó a huir a la Ciudad de México, donde vivió dos años en la delegación Iztapalapa, que es, según el INEGI, la demarcación más poblada de todo el país con casi dos millones de habitantes. Ahí Rogelio trabajó como taxista, con documentos falsos, aunque asevera allá es fácil

⁵ José M. Patzán (29 de diciembre de 2015). "Deportados 105 mil guatemaltecos este año". Prensa Libre, 1. Disponible en: <http://www.prensalibre.com/guatemala/migrantes/deportados-105-mil-guatemaltecos-este-ao>

trabajar sin ningún papel. A principios del 2016 llegó a Guadalajara.

Llegamos a donde dejé mi carro. Tomo la cámara y seguimos sin rumbo por un par de cuadras. Le tiro una foto al rostro a manera de prueba. Él no se inmuta ni se cohíbe y lo tomo como una buena señal. ¿De dónde sale el dinero para pagar el cuarto, para comer?, le interrogo. “Pos pido en la calle, con respeto, pero siempre ando pidiendo”. ¿Dónde pides? “Aquí en el centro, en esta zona ya tengo como cuatro lugares donde me paro”. Me lleva a uno de esos sitios, sobre la calle 8 de Julio. A unos veinte metros de distancia lo miro desde el lente de la cámara. Durante una media hora se acerca a los carros. No es el mismo hombre con él que venía platicando. Se mete en su papel de migrante a la deriva, en pleno sol de una ciudad que aparentemente desconoce. Chifla, levanta las manos y repite la misma frase una y otra vez: “Tengo hambre, una ayuda hermano, panita, por favor, que nada te cuesta”. Caminamos al segundo punto, sobre la avenida Enrique Díaz de León. Otros treinta minutos y la escena es la misma. Al cabo de una hora Rogelio ha conseguido 38 pesos, casi la mitad del salario mínimo en este país por una jornada laboral de ocho horas.

En el tercer punto, sobre la calle Morelos, se le acerca un hombre de unos cincuenta años de edad, en una mano sostiene un trapo sucio y en la otra un pedazo de hule. Un limpiavidrios, me digo en voz baja. El hombre se mete las herramientas de trabajo en la bolsa de un pantalón que alguna vez fue blanco y saca de él lo que parece un lonche, lo parte en dos y a Rogelio le toca una de las mitades.

Rogelio me cuenta que no hay día que se quede sin comer. “Siempre sobra quien te dé comida”, lo dice con una seguridad irrefutable. “Aquí la gente es buena, pero cuando nadie me da comida me voy pal mercado, ahí como con treinta pesos, bueno, con veintisiete que es lo que cuesta el plato”, se corrige a sí mismo, “con esos veintisiete pesos me dan un caldo de pollo, un chile relleno con frijoles, o pollo con mole y arroz, con todas las tortillas que quiera comerme, hasta

que me llene. Con esa comida aguanto todo el día”.

Me ofrezco en invitarle la comida del día a cambio de que me enseñe dónde es ese lugar. “Ahí en el San Juan de Dios”, responde. Comenzamos a caminar sobre la avenida Juárez, en dirección al mercado. No escondo mi interés por descubrir cuánto dinero regularmente recibe un hombre —especialmente un hombre con la apariencia de migrante de paso, como él— pidiendo en la calle. A Rogelio no le incomoda el misterio que representa para mí. “Siempre se saca dinero, la gente aquí sí ayuda”. Relata que el primer día del año, una pareja que aparentemente venía de celebrar la nochevieja, ya al amanecer, tambaleándose se acercó y le dieron un billete de quinientos pesos. “N’ombre, es lo que más me han dado, yo no me lo creía, con eso podía comer hasta por dos semanas”. Sonríe. La anécdota lo llena de orgullo y me cuenta otra, que me parece más atribuible a ese orgullo que a la realidad: “Una ocasión me acerqué a pedirle a un hombre que iba con su esposa y un niño, el señor me dijo que por qué mejor yo no le daba a él una moneda, me metí la mano al pantalón y saqué una de cinco pesos y se la di. Seguí caminando y a unas cuadras que me encuentro un billete de doscientos pesos tirado en la calle”. Esta vez la sonrisa es de oreja a oreja. Por si no lo había entendido me explica la moraleja: “Yo no creo en la iglesia, ahí hay mucho corrupto que hace cosas peor que uno, pero sí creo en dios. Si haces bien al otro, te llega el bien. Esa es la ley de dios”.

Soy fiel a mi curiosidad por conocer números, a pesar de lo sensacionalista que me parece la pregunta, la digo: ¿Y normalmente cuánto sacas al día? “Pos no siempre es lo mismo, unos cien o doscientos pesos; depende de qué tanto le pegue. Yo ahorita no le trabajo mucho, porque el sol está duro y la gente ni baja el vidrio del carro. No te hacen caso, pues. Salgo a pedir un rato en la mañana y, ya en la tarde que la gente anda más de buenas, te dan moneda de a diez o hasta billete de a veinte”.

¿Nunca has conseguido una chambita aquí en Guadalajara? Esta pregunta

lo incomoda. Se quita la gorra, se rasca el pelo y escupe al piso. “Pos sí, volanteando, de eso sí dan trabajo pero pagan re poco, cincuenta pesos por cinco horas. También he trabajado para *Milenio*”. Esto último me pesca. ¿Cuál *Milenio*?, le pregunto inmediatamente. “El periódico. Ahí pagan setenta y cinco pesos por seis horas, de seis de la mañana a doce; el problema no es el horario, el problema es que a fuerzas quieren que vendas todo, yo les digo: ¡No se puede!. No puedo venderlos como *El Informador*, el *Metro*, *El Mural*, el éste y quién sabe qué tantos que sí se venden, pero el *Milenio* no se vende. Me dan cincuenta y quieren que los venda todos, sino no me quieren pagar”. Le eriza el tema y como si fuera yo quien lo ha contratado, dando manotazos, como empleado enfurecido, sigue con sus argumentos: “La gente compra lo que quiere, sino te gusta ese periódico no lo compras. Es como si vas al mercado y te ofrecen y te ofrecen comida, pero pos tú ya sabes con qué doña te gusta ir a comer y allí es a donde vas, por más que te ofrezcan comida, ¿edá?” Me voltea a ver esperando respuesta. Pues sí, le digo.

La casualidad también viene acompañada de mordacidad. Me viene a la mente el encabezado de la primera plana de la versión impresa de *Milenio Jalisco* de pocos días antes: “Cambian destino: se quedan en GDL los migrantes”.⁶ Tiro una ligera risa que él no capta. No digo nada de la nota. Rogelio continúa hablando.

“Aquí es una ciudad tranquila, no te pasa nada y hay mucho trabajo, a mí

⁶ El artículo de Víctor Hugo Casillas, titulado “Cambian destino: se quedan en GDL los migrantes”, publicado en *Milenio Jalisco* el 22 de febrero de 2017, plantea que la ciudad de Guadalajara, como una de las paradas obligatorias de la ruta del Pacífico que toman migrantes centroamericanos en su cruce por México, ha dejado de ser ciudad de paso para convertirse en una opción para quedarse.

Disponible en:

http://www.milenio.com/region/centroamericanos_guadalajara-migrantes_cadipsi-ruta_pacifico-milenio_noticias_0_907709251.html

no me dan porque no tengo papeles. No he buscado mucho, pero por ejemplo, en la construcción te piden papeles de aquí; la esa ¿cómo se llama?”, se contesta él mismo: “La IFE, el documento de domicilio y hasta secundaria te andan pidiendo. Ni un papel tengo de Guatemala; necesito sacar unos papeles aquí, mexicanos, pero ¿cómo le hago?, no conozco a gente que me preste. Te pueden prestar la partida esa de nacimiento ¿cómo le dicen aquí?, pero no puedo sacar la IFE y no me la pueden prestar porque ahí sale en la computadora las huellas”.

La oferta y obtención de trabajo a extranjeros en territorio mexicano está regulada por la Ley Nacional de Migración, según su artículo 52: “Los extranjeros podrán permanecer en el territorio nacional en las condiciones de estancia de visitante, residente temporal y residente permanente, siempre que cumplan con los requisitos establecidos en la Ley y su Reglamento...”. Para que un extranjero pueda obtener la calidad de Visitante con permiso para realizar actividades remuneradas (fracción II), tendrá que contar con una oferta de empleo formal, misma que debe ser aprobada por la propia autoridad migratoria.

Conozco bien la ley migratoria, la estudié en la universidad, pero de nueva cuenta no digo nada. Cambio el tema. Ese que traes en la playera se llama Muddy Waters, es el padre del blues y su historia se parece en algo a la tuya, le digo. La mira sin mucho interés. Muddy trabajaba en el campo, como tú, en una región que se llama el Delta, en Mississippi, pero llegó a Chicago y ahí se convirtió en uno de los músicos más importantes de la historia. “Si te gusta tanto te la regalo”, lo dice despreocupado, mientras toca con las yemas de los dedos un pequeño jirón del cuello de la playera. Te la cambio por la que traigo, le contesto.

¿Te gusta mucho la música? “Casi no escucho, allá en Florida me gustaba ir a las cantinas, ahí es donde escuchaba”. ¿Qué oías? “Lo que ponían en la rocola, rancheras, cumbias. A mí lo que me gustaba era ir a ver a las ficheras, pero se te hace vicio y ni te das cuenta y ya te acabaste todo el dinero que traías”. ¿Qué son las ficheras? Lo mata de risa mi pregunta. Me da una palmada en la

espalda —es la primera vez que me toca¿. “Pos las ficheras son a las que les pagas para que se sienten contigo a tomarse un trago. Ya no tomo nada, ni una cerveza”.

¿Y ya me vas a decir por qué te sacaron los gringos?, la pregunta lo toma por sorpresa. Confieso que hacía tiempo que tanteaba el momento para hacerla; la palmada en la espalda de hace unos instantes es quizá la razón de mi atrevimiento. No contesta, me pide que le compre un agua. Entro al Oxxo que está en Juárez y Pavo y lo miro sentarse en una banca del parque enfrente de la calle. Mientras espero en la fila construyo para mis adentros hipótesis de cómo lo agarró la migra, pero no me acerco a la verdadera historia.

Rogelio pasó dos años en prisión en Houston. El primer año estuvo recluso en una prisión federal en Texas, después fue trasladado a una cárcel en la ciudad de Eden, en el mismo estado, donde completó su condena por haberse dedicado a cruzar ilegalmente migrantes por la frontera de Piedras Negras, Coahuila. Su parte del trabajo consistía en recoger a inmigrantes que coyotes mexicanos le entregaban en rancherías aledañas a la frontera. Rogelio los subía en su carro, los lleva a un motel, donde se bañaban y comían. Después los entregaba con algún familiar o simplemente los dejaba en la ciudad de Eagle Pass, Texas.

En Internet descubro que el lugar en el que estuvo recluso se llama Eden Detention Center, un centro de detención y rehabilitación privado. Según Rogelio, la vida en la prisión federal de Houston y el Centro de Eden fue muy distinta. En sus palabras: “En Estados Unidos la vida en la cárcel no es dura, es como todo, si no te metes con nadie no te va mal. He oído que aquí en México la cárcel es cabrona. Allá, en la federal te dan de comer bien, tres comidas; te enseñan inglés y te visten bien, te dan siete pantalones, siete camisas y calzones, siete pares de calcetines, dos pares de zapatos y unas chanclas, al año. En Eden me daban dos camisas, dos pantalones y unos zapatos pa’ todo el año. Me hacían trabajar, pagaban veinte dólares al mes por lavar las ollas, cocinar el arroz, los frijoles, el

pollo, porque cada ocho días te dan pollo”. No se angustia cuando lo cuenta, lo del pollo le causa risa.

Añade: “El chiste es hacer algo, no estar traumatado pensando: estoy encerrado”. Se pone ambas manos sobre la cara, actúa la escena, fingiendo el encierro, tira una risa irónica y dice: “Total, uno debe aceptar su error, hiciste algo malo pos mereces castigo”. La exaltación es tal que cuando habla se le escapan unas gotas de saliva, las que veo caer sobre mi pantalón.

Le pido que me deje tomarle una última foto con la playera antes de que me la dé, pero que sea justo en medio de la avenida. Cuando se ponga el alto te paras ahí y dejas la mirada en el vacío, le doy instrucciones. Contesta con un rotundo no. “Aquí no puedo, en esta zona no me dejan pedir”. Insisto —quizá no debí haberlo hecho—, y al segundo alto se para en medio de la calle, detrás de él decenas de personas cruzan apresuradas, justo estoy apunto de tirar el primer disparo cuando escucho gritos, se dirigen a Rogelio: “Viva México, cabrón”, “Ya llégale pinche centroamericano”. Me toma unos segundos descubrir de dónde vienen las voces y los chiflidos. Proviene de la esquina, de unos cinco limpiaparabrisas, como son conocidos. Rogelio responde al altercado con la misma frase: “Viva México, cabrones”. Pero el bullicio no cesa, el semáforo se pone en verde y de quién sabe dónde aparece un oficial de tránsito que para el tráfico: “Toma la foto”, me grita.

Regresamos al parque, se quita la camisa y a modo de reclamo se dirige a mí: “Te lo dije... Ya es tarde, me voy”. Hago la misma operación en plena calle, me deshago de la playera que llevo puesta, pero no me animo a ponerme a Waters sobre el pecho. No es el icono sino la pestilencia de la playera la que supera mi pasión por la música. Por fortuna, traigo una chamarra en la mochila.

La última vez que me encontré con Rogelio fue para conocer el mentado hotel Mil Chinchas, ahí donde habitualmente duerme. Cuando aparece lo hace con un as baja la manga, que pronto revela: “No siempre duermo en el cuarto que

te había contado; cuando consigo más dinero duermo en un hotel, allá por la Central. Vamos mejor a ése”. La propuesta tiene la entonación de orden. ¿Qué tiene ese que no tenga el otro?, le pregunto. “Ahí tengo mi propio baño en el cuarto y agua caliente; además, me dejan entrar desde las tres de la tarde. Acuérdate que en el otro no puedo entrar hasta después de las siete”. Son las cuatro de la tarde. Su argumento es irrefutable, pero más inaudita me resulta su destreza con la que concluye: “Es más seguro para ti, que traes tu cámara, tu celular y tu mochila”.

Caminamos treinta minutos en dirección al hotel con agua caliente. Me doy cuenta de que los tenis que le había regalado hace unas semanas han tomado el mismo aspecto que tenían los zapatos que calzaba el día que lo conocí. Están deshechos. No trae la camisa que habíamos intercambiado, pero sí carga la mochila que le regalé. Se mueve constantemente la gorra, lo que me permite darme cuenta de que se ha rapado. En la parte inferior de la nuca se la han escapado dos montones de cabello. Parecieran dos diminutos arbustos en mitad del desierto que es su cabeza.

Durante el trayecto me pone en contexto. Es el Hotel Central a donde nos dirigimos; va a solicitar un cuarto para dos personas —me pide que le dé ciento diez pesos para que él los entregue a la mujer que cobra—, dirá que nos conocimos en Matamoros, hace tiempo, y que hoy pasaré la noche con él para mañana temprano subirme a un autobús rumbo a Guanajuato. “No harán más preguntas, no te preocupes”, me dice y ahí está de nuevo la palmada en la espalda; la misma que abrió la ventana de la revelación del motivo de su deportación.

Lo que me cuenta después me genera cierta ansiedad: “En el hotel hay puro negro, la mayoría de ellos ya llevan meses aquí”. ¿Centroamericanos?, le pregunto. “Sí, pero negros”. Es inevitable obviar el menosprecio con el que se expresa. Me interesa saber cómo sobreviven aquí. “Piden en la calle, pero a ellos

les va bien, hasta quinientos pesos al día sacan, porque son negros, la gente ve que no son de aquí y les da dinero. Tienen varios cuartos en el hotel que pagan por mes, los rentan. Otros venden droga; ahí se mueve mucha droga, pero ahorita en el día no pasa nada, no te preocupes”. Me esfuerzo por no demostrar esa ansiedad que siento dentro. ¿Ya estamos cerca? “A una cuadra”.

Las últimas indicaciones que me señala aumentan la ansiedad que ya sentía: “Mira, en la entrada casi siempre está un hondureño, negro, es un mara. Ese hombre es un coyote, se encarga de que los centroamericanos lleguen a Guadalajara, los mete al hotel por unos días y luego los manda pal Norte. No lo mires, te metes rápido cuando llegemos”.

La pregunta que me viene a la mente es quizá la más estéril que pude haber hecho: ¿Y la policía o la migra no se paran por aquí? Reproduce y explica los distintos silbidos que se usan y los modos de emplear cada uno de ellos para evitar a la policía; uno es del que se sirven los que venden drogas para señalar que viene una patrulla; otro el que emplean las prostitutas para alertarse entre ellas y concluye, con una risa ácida: “La migra nunca se ve, cuando se para aquí es para que le den su mochada en los hoteles”.

Damos vuelta en la calle 28 de enero, al fondo se puede ver el ingreso de la Central Vieja, en la esquina el Hotel Madrid, junto a él el Praga, pero éstos son de una categoría más alta, me advierte. A unos metros, ahí está, el Hotel Central. Agua caliente las 24 horas, se lee en una lona totalmente cubierta de tierra. A la entrada, dos sillones de los que es imposible reconocer de qué color fueron algún día porque el devenir de los años se ha empeñado en cubrirlos de negro. Al fondo, un centroamericano me mira con cautela. Una mujer esbelta, con un rosa tatuada en el hombro derecho, de quien no logro reconocer si es mexicana, le dice a Rogelio, en tono sarcástico: “Ahora vienes acompañado”. Frente a mí un hombre intenta llevarse alimento a la boca; intenta, porque por cada bocado la mitad de él cae sobre sus pantalones.

Los minutos que tarda la mujer en entregarle la llave a Rogelio me parecen horas. Cuando finalmente lo hace brinco del sofá y lo sigo al segundo piso. En las escaleras tropiezo con una mujer, una adolescente. Tiene el rostro totalmente hinchado, como si acabara de recibir una paliza. Me mira directo a los ojos, me deja pasmado, aterrado. Aprieto el paso hasta el cuarto. “Es una puta”, dice Rogelio mientras abre la puerta.

Actualmente Rogelio tiene cincuenta y ocho años de edad, de los cuales más de treinta y cinco años los pasó en Estados Unidos, donde llegó a ser residente legal. Nunca se casó pero se juntó con una mujer mexicana, con quien tuvo dos hijas, empleo, un coche y hasta licencia de conducir. Una vida en familia como la de cualquiera. De su mujer y las hijas hace más de diez años que no sabe nada. A los dieciocho años que salió de Santa Cruz del Quiché, en Guatemala, recorrió 2,877 kilómetros hasta llegar a Houston, Texas. De ahí transitó 2,620 kilómetros hasta Nueva York, que fue el estado más al norte de los nueve en los que residió en Estados Unidos. En total Rogelio ha andado 9,686 kilómetros desde que salió de Guatemala hasta llegar a Guadalajara. Nunca en su vida se ha subido a un avión.

El cuarto en el Central es desolador. Dos camas de cuyas colchas se necesitaría un perito para indagar la última vez que fueron lavadas. Un baño sin más que una taza. Irónicamente no sale agua de la regadera. Hay un centenar de nombres escritos sobre las puertas de gente que seguramente ha estado ahí de paso y de cuyo paradero no nos daría la vida para descifrarlos. Entre las dos camas un tocador con espejo, sobre él un rollo de papel y un par de jabones Rosa Venus.

Esta vez no hay un intercambio desbordante de palabras entre Rogelio y yo. Me limito a tomar fotos. A través de la ventana puedo ver el perfil de alguien. Me incomoda, me pone nervioso y lo único que deseo es salir de ese lugar lo antes posible. El sonido que produce el abrir y cerrar del diafragma de la cámara

delata lo que ocurre ahí dentro.

A través del lente observo a Rogelio. Lo miro con una apariencia totalmente distinta a nuestro último encuentro. Quizá ahora veo lo que no vi antes y me da vergüenza, pena. Seguramente es la cabeza rasurada la que agudiza lo resquebrajado que se ve ese hombre; la silueta de un anciano encorvado a quien parece que la tierra lo llama.

Se quita la camisa. En el pecho derecho tiene tatuada a la Santa Muerte. Se mira al espejo y me cuestiono qué ve ahí adentro. La única pregunta que me animo a formular en todo ese tiempo no la capta inmediatamente: ¿Cuál es tu plan, Rogelio? Tengo que explicarle: Sí, quiero decir: ¿Vas a intentar regresar al norte? ¿Te vas a quedar aquí? ¿Alguna día vas a buscar a tu familia?

Nunca me había llamado por mi nombre, tampoco lo conocía irritado.

“No hay ayer, no pienso en el futuro. Comer y dormir, ese es el plan. Si mañana me muero, que bueno, porque hace tiempo que siento que ya no puedo”



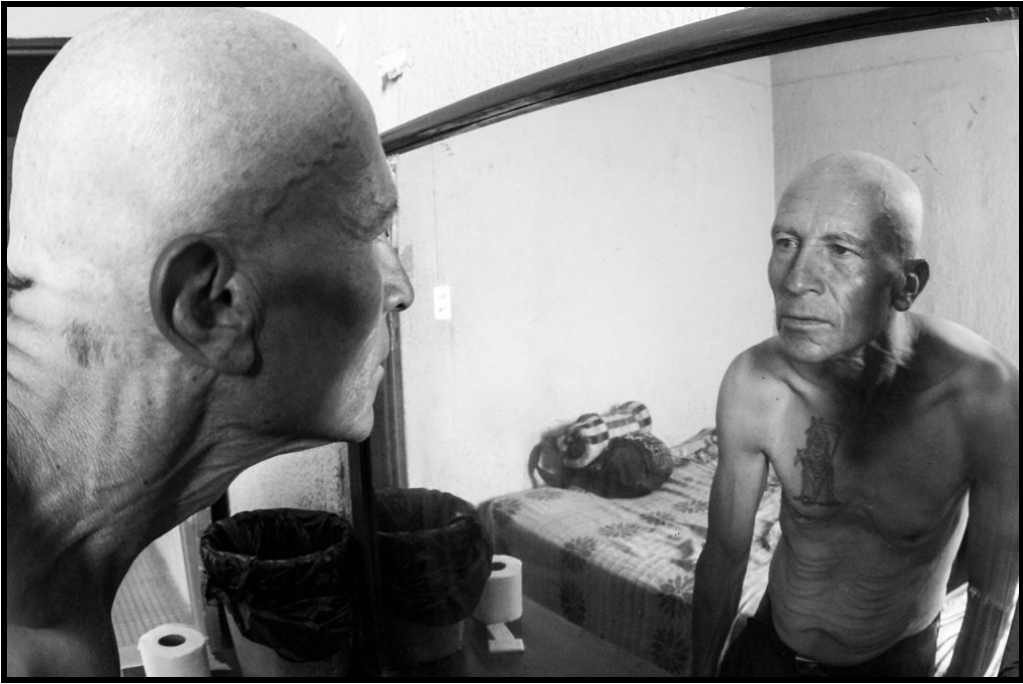












3.4 Con un pie del otro lado

“Después de dos días de caminar por el desierto, ya estábamos en tierras americanas, pero el señor con el que iba se me desmayó”.

Un domingo de finales del mes de febrero conocí a Óscar, un joven hondureño de veinte años de edad. Se encontraba sentado en el patio de la Casa del Migrante, conocida como El Refugio,⁷ desde donde me miraba sonriente, justo a lado de un hombre de una edad más avanzada que sostenía con ambas manos un libro, cuyo título quedaba escondido detrás de sus dedos. Gabriela, una amiga que me acompañaba aquel día, se acercó y le preguntó si le gustaba mucho leer. “García Márquez es quien me gusta, éste nada más lo leo para pasar el tiempo”, contestó, para después espantar una gallina que cacareaba debajo de la mesa.

Marlon es el nombre de aquel lector asiduo de Gabriel García Márquez. Esa misma tarde nos contó que hacía un mes que había salido de Tegucigalpa, Honduras, de donde era originario. Se dirigía a Estados Unidos, donde su esposa ya lo esperaba. Ella y la niña que cargaba en su vientre habían logrado cruzar la frontera junto al coyote que las dejó en Phoenix, Arizona. Hoy, Marlon aún no conoce a su hija.

Óscar salió de Tegucigalpa con Marlon, de quien era vecino en el barrio donde creció. Confiesa que él sólo quería probar suerte: “Quería ver que tan difícil es llegar a Estados Unidos viajando en el tren, me le pegué a Marlon, no me da miedo y no tengo nada que perder”. Cuando dice esto tira una carcajada, seguida de un ligero puntapié a la gallina que vuelve a rondar bajo de la mesa.

Aquel día Marlon y Óscar llevaban un mes viajando en la Bestia. Hacía un día que habían llegado al Refugio, los mismos migrantes en el tren les dieron

⁷ La Casa del Migrante “El Refugio” es un albergue situado en la ladera del Cerro del Cuatro, a unos tres kilómetros de las vías del tren justo en los linderos de Guadalajara y Tlaquepaque, un lugar dedicado a ofrecer alimento, descanso y asistencia médica a migrantes indocumentados que viajan en el ferrocarril conocido como “La Bestia”, a través de la ruta Occidente–Pacífico que atraviesa Guadalajara, Tepic, Sinaloa y Sonora hasta llegar a Mexicali.

santo y seña del lugar. Dicen que no fue difícil encontrarlo, justo antes de ingresar a los andenes de carga de la empresa Ferromex, casi a la altura de Periférico, los bajaron. Ahí fueron siguiendo las bardas pintadas con la leyenda “La Casa del Migrante”. Según las reglas del albergue pueden permanecer hasta por tres días; así que el plan es bañarse, comer y descansar para después continuar con el periplo cuyo destino final, se habían prometido, era el estado de Arizona.

Han pasado más de sesenta días desde aquella tarde de febrero en la que conocí a Marlon y a Óscar; desde entonces no había regresado al Refugio. “No es muy común reencontrarse con la misma gente en un periodo tan corto”, me dice Fabián, quien durante años ha sido voluntario en el albergue, tras la sorpresa que me invade cuando caigo en cuenta de que aquel chico que vacía un costal de cemento sobre la mezcla de concreto que está a punto de amalgamar es Óscar, el mismo que quería probar suerte.

No dudo en acercarme y preguntarle qué hace aquí, a lo que contesta: “Ya andaba en el desierto pero el señor con el que iba se me desmayó”. No ha perdido el gesto con el que lo conocí: sonrío. No sé si es la frase, la sonrisa o la mezcla de ambas la culpable del desconcierto que me invade.

Se apoya en la pala que está junto de él, a plena luz del sol, para darme detalles de lo sucedido. Óscar y Marlon llegaron hasta Caborca, Sonora, donde se bajaron del tren. Ahí tomaron un autobús que los llevó hasta Sonoyta,⁸ donde conocieron a un coyote que les propuso llevarlos hasta Lukeville, Arizona.

No era un coyote común el que conocieron, es decir, uno al que se le entrega una cantidad de dinero y éste asegura dejarlos en algún punto del otro lado de la frontera. Óscar y Marlon no viajaban con el dinero suficiente para financiar ese tipo de coyote. Aceptaron la oferta que éste les había propuesto:

⁸ Sonoyta está ubicado en la cabecera del municipio General Plutarco Elías Calles, en el estado de Sonora, justo en la frontera entre México y Estados Unidos, frente al pueblo de Lukeville, Arizona. Es conocida por ser un importante punto de cruce de migrantes ilegales. En el desierto de Sonoyta la temperatura puede alcanzar los 42° C.

caminarían cinco días por el desierto y él los guiaría en todo momento. Al llegar a Arizona un vehículo estaría esperándolos. A cambio, ellos tendrían que viajar con un par de maletas llenas de droga.

Según Óscar, les entregaron dos mochilas con veintiocho kilos de cocaína y algunas botellas de agua para el camino. El calvario sucedió así, me lo explica: “Hay puntos donde te vas encontrando con gente en las montañas, hombres escondidos en cerros pelones, donde sólo hay nopales y choyas. Esos hombres traen radios, por ahí le van diciendo al guía cuándo debemos cruzar. La cosa era que no nos daban comida y después de dos días de caminar por el desierto, ya estábamos en tierras americanas, el señor con el que iba se me desmayó. Ya no aguantó” —refiriéndose a Marlon—. “Yo me puse a discutir con el guía, pero cuando uno deja la mochila tirada, te matan. Nos tiramos pa’ atrás, caminamos dos días hasta encontrar la carretera. Tuvimos suerte de que no nos hicieran nada”.

Cuando me cuenta lo sucedido en el desierto Óscar no se inmuta en ningún momento, suelta, inclusive, una ligera risa. A mí me cuesta dimensionar lo que acaba de contarme, me sobrepasa. Él termina la historia, como si vislumbrara la próxima pregunta: ¿Qué sucedió después? “Nos regresamos a Caborca. Marlon se fue al D.F. en camión. Yo logré hablar con un tío que está en Mexicali, me dio algo de dinero hasta que pude hablar al Refugio para decirles si podía regresarme”.

Óscar y Marlon sobrevivieron al desierto, los coyotes no los mataron, pero sus destinos tomaron rumbos distintos. La historia de Marlon se narra así: Después de regresar a la Ciudad de México logró comunicarse con familiares en Honduras. Encontraron la manera de hacerle llegar los cuatro mil dólares que necesitaba para pagar un coyote que lo llevara hasta su esposa y su hija, que ya había nacido. Esta vez cruzó por Ciudad Juárez. Ya en Texas fue detenido y deportado a los pocos días.

La última vez que Óscar habló con Marlon lo hizo desde el teléfono de la Casa del Migrante, ahí, donde hace un par de meses ambos anhelaban el sueño americano. Marlon ha regresado a Tegucigalpa, y cuando le pregunto a Óscar si volverá intentar llegar hasta su esposa simplemente se encoge de hombros.

El otro paralelo de la historia, la de Óscar, se relata así: Volvió a montarse en la Bestia y hace veinte días que llegó a Guadalajara. En la Casa del Migrante ya lo esperaban. El padre Alberto⁹ le dio trabajo como albañil. Ayuda a construir más habitaciones en el Refugio, que recibirán a más migrantes que se dirigen al norte, como alguna vez él lo hizo. Cuando le pregunto si volverá a intentarlo se pone serio, mira al suelo y dice: “Se me bajaron los ánimos. Ya no tengo los ánimos pa ir pa’ allá arriba”.

En el Refugio han apoyado a Óscar para iniciar el trámite de solicitud de visa, bajo la calidad migratoria de refugiado. Hace una semana estuvo en las oficinas del Instituto Nacional de Migración. Dice que lo que le han pedido es contar su historia, lo que le pasó, en el intento por cruzar el desierto, pero, sobre todo, cómo era su vida en su natal Honduras. Me resulta inevitable preguntarle cómo era esa vida.

“Allá tienes que andar callado, oír y callar. Si tú trabajas te quitan la mitad de tu dinero. Las pandillas están duras. Yo la verdad tenía problemas con una pandilla porque querían que trabajara para ellos vendiendo droga. Ese no era mi pensar, sí andar en la calle y todo. Les compraba droga, fumaba droga, pero una cosa es que compre y otra que trabaje pa’ ellos”.

Óscar repite en un par de ocasiones —lo hace con una sonrisa de oreja a oreja— que en dos meses le dan respuesta sobre el trámite de la visa.¹⁰ Asegura

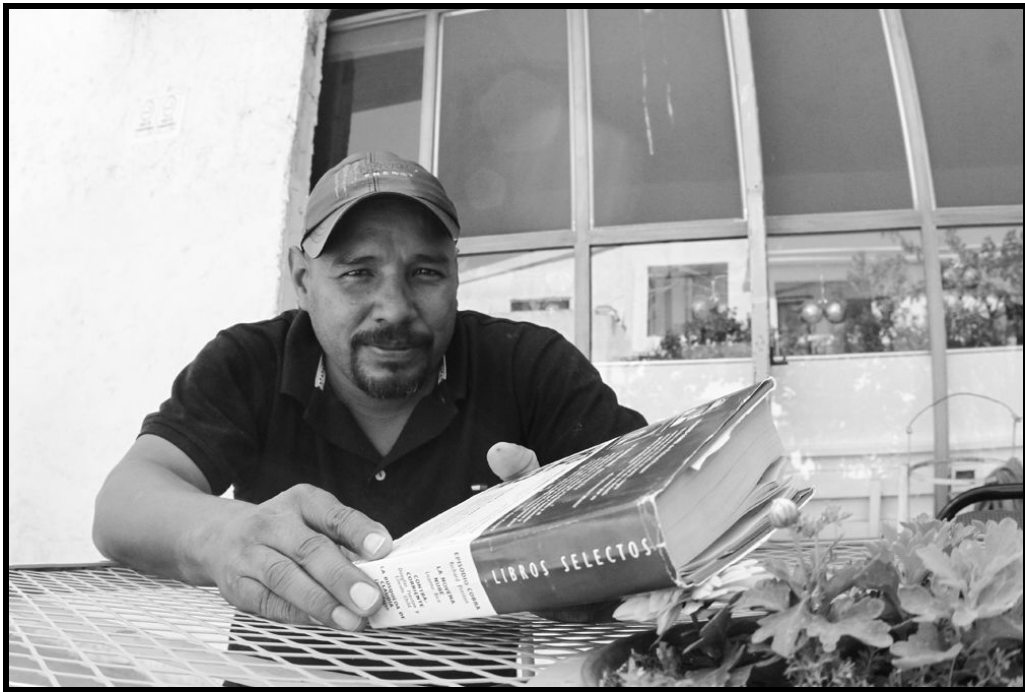
⁹ El padre Alberto Ruiz, párroco de la iglesia de Nuestra Señora del Refugio, junto a un grupo de voluntarios abrió, en el año 2012, la Casa del Migrante El Refugio con la idea de dar asilo temporal a los migrantes que cruzan por la colonia las Juntas, rumbo al norte del país.

¹⁰ En el año 2015 la Secretaría de Gobernación recibió 3,423 solicitudes de refugio (60% más que el año anterior), de las cuales 1,560 fueron de ciudadanos hondureños (Excélsior, 2016).

que, de los lugares por los que ha pasado en México, Guadalajara es donde se siente más a gusto. “Aquí no te miran mal”, me dice y toma vuelo para contarme su plan: “Yo quiero hacer vida aquí. Me voy a quedar en el Refugio hasta que me saquen. El padre Alberto nos llevó a Tonalá, allá hay una construcción que va a durar un año. Yo he sido albañil y mecánico en mi tierra, pero en lo que soy más bueno es en la soldada. Si consigo dinero quiero sacar a mi familia de allá”. Los enumera: “Mi hermano, su esposa, mis sobrinita, mi abuela, mi tía y mis dos primitas. Mi madre ya murió”.

Con la pala que sostiene en su mano derecha —y que no ha soltado en todo este tiempo— espanta una gallina que hace rato que lo rodea.

Antes de despedirnos esboza la última sonrisa y concluye: “Yo quiero poner un pie en el estadio. Me dijeron que el de las chivas está fresca la cosa”.









3.5 El viacrucis

Un contingente de más de doscientos migrantes se dirige a la frontera.

El Refugio Casa del Migrante se encontraba a veinte minutos de recibir a más de doscientos migrantes que viajaban desde Tapachula hasta la frontera con Tijuana. Corriendo, los voluntarios que dan vida al refugio jamás dejaron de sonreír. Afuera, en el patio de la parroquia, se celebraba el día del niño.

3959 kilómetros de viaje son la meta de este Víacrucis. Todos ellos han emprendido el camino para entregarse a las autoridades estadounidenses con la finalidad de que comience su proceso de refugio en el mismo país. La organización que ha impulsado este movimiento, Pueblo Sin Fronteras, se ha dedicado a documentar minuciosamente los casos de violación a los derechos humanos de estos migrantes.

El Padre Alberto, quien es la base principal de El Refugio Casa del Migrante, se encontraba hablando con el reportero del periódico El Mural. El viacrucis había solicitado ayuda de los medios para que se diera a conocer su viaje, esperando que el conocimiento de la sociedad los respaldara al momento de llegar a la frontera. Ésta difusión del movimiento a lo largo de su camino ha hecho que diferentes organizaciones sociales se sumen a la causa, consiguiendo que las mujeres y niños viajen en suburbans.

Uno de los apoyos cruciales que se presentó en el camino vino de parte de Ferromex, quien accedió a frenar el tren para que pudieran subir de noche, con la condición de que los migrantes que viajaban cuidaran la carga del tren. Dentro del contingente del viacrucis se formó un grupo de seguridad conformado por los mismos migrantes, quienes se hacen llamar “Los Perros”. Ellos son los responsables de mantener al grupo unido, bajo los protocolos de organización que el movimiento fue creado.

“No somos delincuentes, somos trabajadores. No somos malos, solo hemos tomado malas decisiones”.

María, o Mari como le dicen, se agarra el collar que lleva en el cuello mientras habla. Tiene el cabello húmedo y lleva esa frescura como quien recién sale de un baño largo. Se acomoda con cuidado a la orilla de la cama, sube los pies y se asegura de no aplastar a Sarahí, su hija quien lleva varias horas recostada para recuperarse del sol y el cansancio de aquella silla de ruedas que la acompaña en el trayecto. Su compañera.

No llevan más de algunos días desde que salieron de Tapachula, Chiapas y Mari abre los ojos, seria, cuando asegura que llegarán a la frontera en pocos días. Viajan con un grupo de más de doscientos migrantes con una meta: llegar a la frontera con Estados Unidos y solicitar refugio por la violencia de la que escapan. Ella, junto con su hija, son de las pocas mujeres que van en camionetas patrocinadas por organizaciones civiles y que avanzan cerca de las vías, como monitor.

Mari soba el collar de plata, insistente, y dice que le ha pasado de todo. El acento es de El Salvador pero llevaba cuatro años en Tapachula. Las pandillas la hicieron huir. Más tarde confesará que la “MS”, como le llaman, o la “Mara Salvatrucha” secuestró a su hija y para recuperarla le pedían que entregara a su otro hijo. De todas formas sonríe al pensar en el camino hacia México. “Fue una aventura muy bonita porque lo compartí con mi familia”, dice. La policía salvadoreña la ayudó a escapar y los llevaron a la frontera con Guatemala.

La familia de nueve caminó durante semanas por las ciudades guatemaltecas hasta llegar a la frontera con México. En La Mesilla, en Chiapas la familia se entregó al grupo Beta y los llevaron a Tapachula. La mujer se soba el cabello con rapidez y sonríe, como si se emocionara al pensar en el último viaje

familiar, el de la huida. Voltea constantemente a ver a su hija, algunas veces le soba las piernas, otras solo deja su mano cerca, para sentirla.

“Algunos mexicanos me trataban bien y otros mal”, confiesa. Al llegar a México la salvadoreña consiguió trabajo como empleada doméstica. Su primera experiencia fue buena, la paga era a tiempo y podía volver en la noche con sus hijos. La segunda no tanto. La mujer con la que trabajaba le daba platos desechables para comer, no podía tomar agua ni tocar cosas que no fueran para limpiar. El trabajo le hacía perder su dignidad y en una discusión con amenazas y groserías Mari se despidió: “No voy a dejar que me pegue. Soy migrante pero tengo derechos”.

Sarahí entonces le toma la mano y la mujer dibuja una sonrisa casi imperceptible.

Bañarse en aguas rosadas es la mejor imagen que pueden describir ambas sobre su vida en El Salvador. María trabajaba en el campo, recolectaba frutas y semillas. Tenían una vida feliz, con sus cinco hijos y su esposo. Ahora le quedan tres hijos, y el esposo encontró una amante al llegar a México. Cambia de tema para no hablar de la muerte, pero se re acomoda en la cama para contar la historia de su esposo.

Al señor lo conoció cuando ella tenía diez años y desde entonces están juntos. Dedicado es la única palabra que se le ocurre para describirlo. “Era dedicado”, dice. Cuando llegaron a Chiapas, Mari conoció a una amiga, que después se convertiría en la amante de su esposo. La salvadoreña se soba el antebrazo y muestra una cicatriz, la mujer la intentó matar. Mari vuelve a tomar la mano de su hija y en voz baja confiesa que por un tiempo se hizo adicta al alcohol.

Eso si, no todo era malo en Tapachula. Sus hijos y sus nietos eran felices y carga en su teléfono las fotos del último viaje a la playa. Lo que no tiene son fotos de la fiesta de quince años de Sarahí.

Se arregla el cabello como si tuviera un espejo en frente. Sube un pie a la cama, voltea a ver de vez en cuando la silla de ruedas y comienza el relato de la fiesta de hace cinco años. “Tuvimos padrinos para todo”, dice casi a gritos. Gracias a Sarahí, el pueblo donde vivían se enteró que su mamá le organizaba una fiesta y poco a poco las personas se ofrecieron para regalarle lo que tenían. El panadero el pastel, el costurero el vestido, el primo la comida y el vecino los refrescos. No eran quince años, sino cinco más de lo planeado.

Al nacer a Saharí le diagnosticaron hidrocefalia: líquido en exceso en el cerebro. La solución era una válvula de por vida y a Mari le alcanzó para la de diez años. Como si la vida fuera un aparador para elegir la cantidad de años que se viven, así de tranquilas han decidido tomarse la enfermedad. Poco a poco. Fiesta a fiesta. Hace unos días que Sarahí cumplió veinte y las dos aceptan que aún cuentan los años “de más”. La niña se acerca a su mamá, “es mi compañera”, dice Mari sin quitarle la mirada.

Un portazo interrumpe y un hombre de piernas largas y piel oscura corre a abrazar a la salvadoreña. Ella se levanta de un brinco de la cama y grita, “Keko, que bueno que llegaste mijo”. Después aclarará que no es su hijo, es un paisa que encontró en el camino y que ahora protege como si fuera familia. Keko viaja en La Bestia junto con casi 150 migrantes. Cuenta que al comienzo del viaje cruzaron la primer caseta de migración, eran tantos que los policías se quedaron quietos. Un grupo de 150 personas que gritaban “El que no salte migra” mientras cruzaban, sin documentos, una caseta migratoria. Es el mismo grupo que mas adelante pactó con Ferromex un trato: ellos paran el tren todas las noches y los migrantes lo cuidan de robos y saqueos. Keko es parte de “Los perros”, dice mientras se acomoda la playera y muestra una sonrisa orgullosa. “Los perros” son treinta migrantes que rodean al grupo y que vigilan que no se meta un infiltrado o que se desordenen. Son un anillo de seguridad que protege al grupo. “Los perros” es parte de su identidad.

“Y yo soy la líder de las mujeres”, lo interrumpe Mari con un aire de grandeza y orgullo. Su principal tarea es organizar a las mujeres de la camioneta, racionar la comida y repartir en partes iguales todo lo que tengan. Ya la amenazaron una vez, por no darle de comer tres platos a una chica de Honduras quien dice ser de la Mara Salvatrucha, Mari tiene miedo de que la maten.

Aún así se queda emocionada por su título. Tal vez por el pasado que carga. O tal vez porque es la primera vez, dice, que toma una decisión por su cuenta y deja a su esposo. Se acomoda una vez mas en la cama y confiesa que se siente libre. Las vías la hacen libre.

Mamá e hija sonríen cuando ven a los demás migrantes llegar. Sus gestos delatan su parecido y son tan iguales que pareciera que se han detenido en el tiempo. Entonces Mari comienza a hablar, es la primera vez que la voz es baja, como si no quisiera escucharse. Toma el collar, la mitad de un corazón de plata, y explica con una mirada cómplice que la otra mitad la lleva su hija. Se lo pusieron antes de empezar el viaje e hicieron un pacto: “la que llegué a morir primero se lleva el corazón completo”, dice con los ojos fijos en su compañera.

El pasado siete de mayo, el centenar de migrantes llegaron a la frontera de Tijuana y se entregaron a la policía estadounidense (Border Patrol) para empezar su solicitud de refugio en el país. Mari espera conseguir trabajo para comprarle a su hija su primera silla de ruedas. Para sentirse libres, aún más libres que en las vías.















4. Reflexiones sobre aprendizajes, implicaciones éticas y aportes sociales del proyecto

- **Aprendizajes profesionales**

Luis Uribe (Gestión Cultural)

La naturaleza de este proyecto nace de una visión cercana a la documentación periodística, esto es cierto, pero a ello tendría que agregar que los fenómenos sociales —entendiendo a la migración como un fenómeno social complejo— pueden y deben ser abordados desde distintos modelos que existen en el campo de las ciencias sociales.

La gestión cultural como campo de las ciencias sociales, desde una visión particular, se dedica al estudio y al desarrollo de los elementos simbólicos significativos que los individuos y los grupos de personas crean y recrean para dar sentido a sus vidas. El fenómeno migratorio puede ser entendido desde ese campo simbólico. Es decir, un migrante es definido y concebido no solamente por haber abandonado su país, puesto que no lo ha abandonado del todo, sino por todos aquellos elementos que ha adquirido para construir su identidad: idioma, costumbres, acentos, hábitos, gustos, en fin, todos aquellos que lo diferencian del lugar —particularmente de las personas— en el que transita o del lugar al que pretende internarse. En otras palabras: un migrante es migrante porque es distinto al grupo social, a la ciudad o al pueblo en el que circula.

Desarrollar un proyecto de investigación y la producción de una serie de testimonios narrativos y visuales, desde una visión que concibe a la migración no sólo como un problema cuya responsabilidad recae del todo en las políticas del Estado, sino como un fenómeno social capaz de seducir a sus lectores a pensar a la migración como un fenómeno cultural, en el que las diferencias simbólicas no sean una limitante para respetar la dignidad de ese grupo de personas en

situación de vulnerabilidad, fue un reto profesional significativo para mi profesión.

Lograr lo que aquí planteo demandó valirme de competencias cognitivas desde la gestión cultural, pero sobre todo requirió de habilidades técnicas que fueran capaces de generar una serie de productos (crónicas y fotografías) que contribuyeran a humanizar el fenómeno migratorio.

En la gestión cultural es común la tarea recurrida del gestor dedicada a facilitar la producción de contenidos. Es normal imaginar al gestor como un productor (pensemos de un producto artístico, de un festival o de una política pública), pero no es común pensar al gestor como un creador *per se*. En este proyecto realicé actividades que me resultan más cercanas a la creación de contenidos, principalmente en mi papel de fotógrafo. Pues he de confesarlo aquí: siempre fue una gran preocupación crear fotografías que no sólo documentaran la investigación sino intentar sobrepasar la documentación para pisar terrenos más cercanos a la confrontación estética. Fotografías capaces de capturar el lado humano de los migrantes con los que trabajamos, pero también capaces de conmocionar estética y narrativamente a quienes llegue este proyecto.

El resultado final ha sido un proyecto mixto. El equipo de trabajo ha logrado generar un producto, en mi parecer, de características híbridas en donde la labor periodística de Katia ha sido profesora y la aportación estética, desde el terreno de las artes que Maritza logró inyectar al proyecto, hacen que los productos finales puedan ser exhibidos en distintos formatos y soportes, ya sean publicaciones impresas, digitales o a manera de exposición visual.

Maritza Lavín (Comunicación y Artes Audiovisuales)

El universo de las migraciones es sin duda un fenómeno más allá que complejo. La comprensión de él es aún una tarea que tenemos frente a nosotros ya que es un fenómeno vivo. Cuando nos acercamos por primera vez a nuestro tema de

investigación teníamos algunas ideas de cómo abarcarlo, pero no habíamos tomado en cuenta como el tema nos abarcaría a nosotros.

Conforme la investigación fue avanzando, me di cuenta, como realizadora audiovisual, que el proyecto tenía su lenguaje propio, que la naturaleza de nuestra interacción con nuestro tema de estudio daba pautas orgánicas de cuál era el camino a seguir en la producción de este proyecto.

En este lenguaje aún quedaban muchas decisiones por tomar. La importancia de estas decisiones tienen un peso simbólico sumamente fuerte ante nuestro tema de estudio, ya que no es solamente poner los formatos y herramientas propias de nuestra profesión en marcha, sino un proceso de reflexión de las implicaciones que nuestros productos tienen sobre la concepción que nuestra audiencia tendrá sobre el fenómeno que retratamos.

Esto, representa toda la responsabilidad que lleva sobre sus hombros un realizador audiovisual. Y aún más en un proyecto como el que elegimos presentar, que es de un corte sumamente social y que le incumbe tanto a nuestra ciudad.

El mayor aprendizaje fue poner en práctica la necesidad de este proceso de reflexión ante las piezas que se producen como parte de un proyecto, donde las herramientas, los formatos y las decisiones estéticas respondan al discurso del proyecto.

Una de las mayores virtudes de este proyecto es su cualidad interdisciplinaria. La concepción de cada uno de los productos desarrollados en este proyecto derivan de tres visiones de campos diferentes que convergen para generar un todo que logre albergar estas visiones. Esto fue sin duda uno de los mayores retos también. Las artes audiovisuales abarcan un gran abanico de posibilidades de producción, por lo que la elección de los formatos más pertinentes para el proyecto fueron decisiones cruciales para que el proyecto se haya convertido en lo que ahora es.

Agradezco haber compartido este tiempo de exploración profesional con mis compañeros Katia y Luis, quienes desde sus áreas se han convertido en maestros en mi aprendizaje universitario, abonando cada día nuevas perspectivas a nuestra labor. Estos momentos se quedan en mi corazón así como sus enseñanzas.

Katia Diéguez (Periodismo)

Trabajar con un fenómeno social como la migración requiere un acercamiento no solo profesional, sino personal para lograr entender al otro y retratarlo de la manera más humana posible.

Como periodista este trabajo implicó retos personales y éticos en la manera en cómo uno se acerca a las personas, desde sus propios prejuicios y su propia construcción social. El trabajo de preparación y organización implicó también trabajo personal sobre lo que entendíamos como migración y lo que en realidad significaba ser un migrante: el recorrido, la violencia y la pobreza que viaja junto con ellos. Comprendí entonces que no se trataba de una entrevista o una visita a las casas de migrantes, sería también una experiencia emocional con la cual uno tenía que ser muy sincero al hablar.

No se trató de entrevistar a personajes, ni de acercarse a las vías, el trabajo en conjunto que hicimos fue también el de conocer una situación local a la que nunca nos habíamos acercado, para después intentar ponerse en el lugar del otro. Eran jóvenes como nosotros, con intereses, pasiones y miedos. ¿Cómo íbamos a acercarnos a ellos?

El equipo fue sin duda un factor principal para el trabajo. No solo desde sus conocimientos profesionales, sino también a manera de confidentes. Se trató de proveer la mayor seguridad para todos y motivarse a conocer lo más posible.

Recuerdo estar sentada frente a los migrantes y presentarme sin tener alguna pregunta para empezar. Creo que la lección más grande fue aprender a

escuchar y detenerse cuando la charla se volvía delicada. Como periodista he comprendido la importancia de proteger al otro y aprender a escribir el dolor de manera digna. Comprender las consecuencias que deja la violencia e ir despacio con los testimonios de las personas. También aprendí a observar los comportamientos, las expresiones o incluso el lenguaje corporal para conocerlos aún más. Saber leer lo que no dice la gente pero que retrata mucho de quienes son.

El trabajo periodístico de *A la deriva* fue una oportunidad para acercarme a mi misma, y entre todos, intentar comprender un poco de lo que sucede con los miles de centroamericanos que huyen de sus países por una vida mejor.

- **Aprendizajes sociales**

El ejercicio de una profesión, cualquiera que esta sea, sobrepasa la puesta en práctica de conocimientos teóricos o prácticos. Es inadmisibles la idea de obtener una formación profesional con el único deseo de insertarse en el campo laboral. La formación profesional es poner al servicio de la comunidad los conocimientos y habilidades desarrollados durante el andar universitario, para ello debe conocerse el entorno y contexto de esa comunidad. Bajo esta premisa fue diseñado y producido el presente proyecto.

En el apartado de contexto se trata a fondo la coyuntura que atraviesa la migración irregular en el Área Metropolitana de Guadalajara, ahí se establece que el flujo de migrantes que circulan por la ciudad ha incrementado, de tal manera que se ha vuelto un tema central en la agenda pública. Cada vez son más los migrantes que se observan pidiendo dinero en distintos cruceros de la ciudad y principalmente, en lugares donde anteriormente no se veían circular (en el apartado de contexto también se trata cuáles son esos puntos). La migración irregular es cada vez más visible en la ciudad de Guadalajara.

Esa realidad contextual que atraviesa esta ciudad demanda otras maneras de abordar el fenómeno. Ciertamente es que los medios de comunicación tradicionales han dedicado espacios y recursos destinados a generar información al tema, pero cierto es también, que las maneras de generar información pueden ser tan diversas como la podamos imaginarlas, principalmente desde el terreno universitario.

A la deriva, migrantes a la merced del viento ha sido un proyecto que, para su desarrollo, ha implicado en todo momento el trabajo en campo. Conocer el contexto de un fenómeno en la ciudad no es suficiente, este proyecto ha puesto todos sus recursos en insertarse en el mismo. Salir a las calles, caminar en las vías, comer con los migrantes, sentirse -en ocasiones- en situaciones de riesgo, pero sobre todo ponerse en los zapatos de ellos, esa ha sido la estrategia que seguimos en este trabajo, con el fin de narrar sus historias de una manera nunca desapegada, sino cercana, humana, que retrate y narre la vulnerabilidad en la que viven estas personas. Mirar la ciudad con otros ojos es el nombre del Proyecto de Aplicación Profesional, en el que se inserta este trabajo y hoy, este equipo, estamos convencidos que mirar la ciudad con otros ojos es mirarla con los ojos de los que aquí deambulan temporalmente, de los migrantes que por su condición de irregulares, no pueden ser ignorados en el paisaje tan contrastante de la ciudad en la que estudiamos, nos insertamos, en fin, la ciudad en la que todos: ellos y nosotros, cohabitamos.

El periodismo, las artes audiovisuales, los estudios culturales, en fin la mezcla de estos saberes enriquecen la comprensión del fenómeno. Esperamos que los lectores de este trabajo, se confronten con las historias, con las fotografías, pero que sobre todo no se sientan distantes de esta realidad social en la que todos somos portadores de un nivel de responsabilidad en cuanto a respetar la dignidad humana de los migrantes.

- **Aprendizajes éticos**

La ética ha jugado un papel imprescindible en la elaboración de este proyecto. Por más de dos meses el equipo se dedicó a documentar las historias de personas que viajan ilegalmente sobre un tren de carga; que han sufrido accidentes en el viaje; que duermen por las calles; que la mayoría de ellos circulan sin dinero; que han sido detenidos y deportados; que violentan la ley; que han sufrido amenazas de muerte, en fin, personas que sobreviven en condiciones de inseguridad, peligro, pobreza y en ocasiones desesperanza.

¿Por qué tendríamos que evidenciar estas historias? es una pregunta que el equipo se formuló constantemente en los últimos meses y cuya respuesta no fue fácil de deliberar. Hoy que presentamos los resultados del proyecto, estamos convencidos que la decisión de mostrar estas historias está sustentada en el deseo de contribuir a generar -en los lectores de este proyecto, que esperamos sean muchos- una comprensión del fenómeno migratorio irregular cimentada en el respeto de la dignidad humana, independiente de la condición e inclusive legal de cualquier migrante, en tránsito o estacionado en esta ciudad.

Hemos puesto un profundo empeño en no evidenciar sucesos que puedan poner en riesgo la seguridad de las personas que aparecen en las crónicas. Ese esfuerzo también ha tratado de evitar señalar a cualquiera de los personajes que aquí aparecen. Aunque estos dos asuntos siempre representarán una preocupación constante en un proyecto de esta naturaleza.

- **Aprendizajes en lo personal**

Luis Uribe (Gestión Cultural)

La generación de contenidos sociales en formatos que mezclen el periodismo, la fotografía documental y a su vez la producción artística contemporánea —he de confesarlo— es un interés propio en el que anhelo desempeñarme, yo no diría

profesionalmente, pero sí personalmente. La profesión es tan sólo un de las caras de un ser humano. Estoy a punto de egresar como licenciado en Gestión Cultural, más que un gestor, me visualizo como un ser humano interesado en generar productos visuales y conceptuales en torno a temas sociales que, en mi parecer, puedan impactar el contexto en el que habito, a través de la generación de conocimientos, pero también de experiencias estéticas.

Realizar este trabajo, en conjunto con mis compañeras, fue un reto complejo y apasionante, pero también inseguro, en ocasiones. No fue tarea fácil conseguir las historias, mismas que me llevaron a confrontaciones éticas personales. ¿Qué derecho tengo de visualizar la vida de otros? ¿Qué derecho tienen las artes de evidenciar la vida íntima de estos seres humanos?. Son preguntas que cohabitaron en mi mente en los últimos meses.

La satisfacción personal y académica que ha despertado en mí este trabajo, aunado al profundo respeto y admiración que tengo para con el profesor y guía de este proyecto: Rogelio Villarreal, me incitan a encontrar maneras de desarrollar más proyectos de esta naturaleza; productos en los que pueda invertir tiempo, conocimientos y habilidades de una manera rentable, pues, debo decirlo, la rentabilidad económica es imprescindible en estas alturas de la vida.

Maritza Lavín (Comunicación y Artes Audiovisuales)

Este proyecto me ha permitido ponerme en contacto con lenguajes y herramientas que espero ejercer en mi vida profesional. El género documental siempre ha sido el que más me ha llamado la atención y ahora he tenido la oportunidad de explorarlo en un proyecto que además se presenta como un proyecto híbrido. Ha sido una oportunidad muy enriquecedora en la que pude sincerarme a mi misma respecto a mi quehacer profesional.

A lo largo de toda la producción del proyecto he podido preguntarme varias cosas: ¿es esto lo que espero estar haciendo en mi carrera profesional?, ¿qué

herramientas me hacen falta para hacerlo de la mejor manera?, ¿hasta qué punto puedo valerme de las historias ajenas para realizar mi trabajo?

Esta experiencia me ha dado la certeza de que estoy por culminar los estudios adecuados para poder dedicar mi vida a lo que más me apasiona, encaminando mi carrera a la exploración de proyectos que permitan retratar la realidad que observo a mi alrededor desde una mirada que permita a la audiencia reconocer el fenómeno y sentirse parte de él.

Y aún más importante, este proyecto me dio la oportunidad de involucrarme en un fenómeno que ocurre en la ciudad que habito día con día, ahora tengo la certeza de que la migración no pasará desapercibida para mí, y que ahora podré comprometerme con una causa desde la convicción del cambio.

Estos descubrimientos tuve la oportunidad de encontrarlos gracias a las personas que estuvieron involucrados en este proyecto, quienes han sido unos cómplices por excelencia.

El proyecto culmina con una gran satisfacción personal, que ahora impulsa la creación de diferentes y nuevos proyectos, espero, al lado de Katia y Luis que tanto me han enseñado.

Katia Diéguez (Periodismo)

Me incluí a este proyecto por dos razones: porque la cantidad de migrantes que veía todos los días me causaban curiosidad, y porque- a manera profesional- me inundaban las ganas de enfocarme a un tema desconocido, que a ratos me asustaba y que podía cambiar mi percepción de la ciudad. Ahora puedo decir que he aprendido mucho.

Debo confesar que al principio me causaba un poco de miedo acercarme a un desconocido, extranjero y que -en mi juicio- no lo habían tratado bien. Como dije antes, agradezco a mi equipo por nunca perder el enfoque y por apoyarnos mutuamente. Con este trabajo me he demostrado la importancia que tiene

acercarse a las demás personas y preguntarle sobre su vida o su camino para generar nuestras propias percepciones. Romper prejuicios.

La migración me ha llevado a reflexionar sobre mi propia vida, sobre la incertidumbre de no saber a dónde vas y a admirar la fortaleza de quienes dejan todo por una vida mejor, una vida segura.

También, me dio la oportunidad de hacerme preguntas sobre mis propias decisiones, a demostrarme la capacidad que tengo y lo mucho que puede cambiar mi mirada al acercarse a la gente. Creo que ahí radica la importancia del periodismo y de vivir una vida sana: intentar entender al otro, no ignorarlo.

5. Conclusiones

La verdadera importancia del presente proyecto ha sido la de aportar una serie de testimonios que den cuenta, con nombre y rostro, que la migración irregular es sobre todo, una condición de vulnerabilidad en la que se ven atrapados cientos de miles de personas que normalmente provienen de los estratos socioeconómicos más desfavorecidos. De acuerdo a FM4 Paso Libre, la falta de trabajo en sus países de origen es la principal causa de la migración irregular proveniente de la frontera sur de México.

Cada uno de los testimonios aquí expuestos revelan el profundo clima de inseguridad, peligro y persecución que prevalece en el territorio mexicano para con los migrantes. Una condición a la que hacen frente más de 400,00 personas que cada año circulan por el país, situación que es aún más complicada para una mujer y no digamos para un menor de edad que circula irregularmente en este país. Las crónicas “Ellas y yo, las migrantes” y “El viacrucis” dan cuenta de los peligros y amenazas que sufre una mujer migrante que viaja en México, en el tren La Bestia.

Las deportaciones masivas, que han crecido en un 91% en el año 2015, de

acuerdo a datos de la Secretaría de Gobernación, efectuadas por las autoridades migratorias mexicanas, resultan incapaces de poner fin al flujo de migrantes que ingresan al país o que son deportados desde la frontera norte. La historia de Rogelio evidencia las formas que encuentra un migrante de mimetizarse con la dinámica de la propia ciudad, en donde, existen zonas en las que los propios migrantes ejercen cierto control.

Uno de los hallazgos más significativos tienen que ver con un temor generalizado, así lo expresaron la mayoría de migrantes entrevistados, al discurso migratorio del presidente Donald Trump. Este temor ha provocado que cada vez sean más los migrantes irregulares que vean a México y a Guadalajara como una opción para no arriesgar más sus vidas, intentando llegar a la frontera con Estados Unidos y quedarse en este país. La historia de Óscar narra cómo tras su fallido intento por llegar a Arizona, a través del desierto de Sonora, anhela hacer vida en Guadalajara, obtener una visa de refugiado y lograr traer a su familia aquí, donde dice: “No te miran mal por ser de fuera”.

Finalmente, *A la deriva*, migrantes a la merced del viento, invita a cada uno de sus lectores a leer con atención, a mirar con reflexión y a generar acuerdos que involucren tanto al Estado como a la sociedad civil, en lo único que todos debemos de estar de acuerdo: la condición migratoria de una persona no justifica el menosprecio a su dignidad humana y mucho menos la violación a sus derechos humanos. En el cumplimiento y el respeto de esa dignidad humana, cada uno de nosotros guarda un nivel de responsabilidad.

6. Bibliografía

Aguayo, Sergio. (09 de octubre de 2016). *Masacres de San Fernando y Allende: doble tragedia de complicidades y omisiones*. Proceso. Consultado: 28 de marzo de 2017, de Proceso. Disponible en:

<http://www.proceso.com.mx/458063/masacres-san-fernando-allende-doble-tragedia-complicidades-omisiones>

Daniela Rea, Daniela Pastrana, *et al.* (2016). *Éxodos*. En el camino. Pie de Página. En

<http://piedepagina.mx/exodos.php>

Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas. (2013). *Trends in International Migrant Stock: The 2013 Revision*. Consultado: 14 de marzo de 2017. Disponible en: https://esa.un.org/unmigration/TIMSA2013/Data/.../UN_MigrantStock_2013T1.xls

FM4 Paso Libre. Dignidad y Justicia en el Camino A.C. (2016). *El desafío de transitar-vivir en la ciudad para las personas migrantes en Guadalajara. Segundo informe de investigación*.

Consultado: 14 de marzo de 2017. Disponible en:

http://www.fm4pasolibre.org/pdfs/informe_fm4_sep2016_el_desafio_de_transitar_vivir_en_la_ciudad_para_las_personas_migrantes_en_guadalajara.pdf

Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). (2014). *Un mundo en movimiento*.

Consultado: 17 de marzo de 2017. En: <http://www.unfpa.org/es/migraci%C3%B3n#>

Fuente: Ponces, E., Arnau, T., Soteras, E. (2010). *En el camino: México, la ruta de los migrantes que no importan*. Barcelona, España: Blume. García, J. (2017, febrero 7).

Fuente: Robles, V. (2010). *Cholos al servicio de la migra*. Replicante. En

<http://revistareplicante.com/en-las-juntas-tlaquepaque/>

García, J. (2017, febrero 7). *El muro empieza en el Sur*. *El País*. Consultado: 20 de abril de 2017.

En http://internacional.elpais.com/internacional/2017/02/06/mexico/1486340656_933536.html

Martínez, Iliana. (Mayo 2016). Migración y movilidad en la ZMG. COMPLEXUS SABERES

ENTRETEJIDOS, 6. Miradas de movimientos migratorios, 15.

Nazario, S. (2015, octubre 10). *The refugees at our door*. *The New York Times*. Consultado: 13 de abril de 2017. En <https://www.nytimes.com/2015/10/11/opinion/sunday/the-refugees-at-our-door.ht>

Organización Internacional para las Migraciones (OIM). (2014). *Hechos y Cifras. La migración en México*. Consultado: 04 de abril de 2017.

En: <http://oim.org.mx/hechos-y-cifras-2>

Secretaría de Gobernación, Unidad de Política Migratoria. (2016). *Boletín Estadístico 2016. Extranjeros presentados y devueltos*. Consultado: 14 de marzo de 2017. Disponible en : http://www.politicamigratoria.gob.mx/es_mx/SEGOB/Extranjeros_alojados_y_devueltos_2016

Socios de la Red de Documentación de las Organizaciones Defensoras de Migrantes (REDODEM). (2014). *Migrantes invisibles, violencia tangible. Informe 2014*. Consultado: 16 de marzo de 2017. Disponible en: fm4pasolibre.org/pdfs/informe_migrantes%20invisibles_redodem2015.pdf

Ureste, M., Hernández, M., et al. (2015). *Programa Frontera Sur: una cacería de migrantes*. Animal Político.

En <http://www.animalpolitico.com/caceriademigrantes/index.html>

Vilches, Miguel. (Mayo 2016). Para entender las migraciones internacionales por la metrópolis tapatía. COMPLEXUS SABERES ENTRETEJIDOS, 6. Miradas de movimientos migratorios, 11. Disponible:

<https://blogs.iteso.mx/complexus/2016/11/29/complexus-6-miradas-de-movimientos-migratorios/>

Entrevistas

Guerra, E. (27 de abril de 2017). Entrevista con Elisa Guerra, FM4 Paso Libre.

Arroyo, A. (01 de marzo de 2017). Entrevista con Rubén Arroyo, CADIPSI.

Ruíz, Alberto. (04 de marzo de 2017). Entrevista con Alberto Ruíz, Casa del Migrante, El Refugio.